

FOLLETIN.

LA SIGEA.

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA

CAROLINA CORONADO.

TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA.

La primera parte de esta novela empezó a escribirse en 1849. La segunda la concluyó en 1853. En el transcurso de estos cuatro años han sucedido en el mundo grandes cosas: se han caído tronos, han pasado repúblicas, se han levantado imperios, i se han puesto en comunicación las jentes de los dos polos por medio de unos alambres. I a los pueblos, que necesitan casi siempre siglos para verificar sus revoluciones, han sufrido estos cambios, aqúe no sufrirán los individuos para quienes un nuevo día trae siempre una nueva vida.

Cuatro años no son mucho vivir, cuando esos cuatro años se ven en la infancia; cuatro años no son mucho tampoco, cuando esos cuatro años forman la primera estación de la juventud; pero cuando nos acercamos al otoo de la vida, i la vida es de mujer, esos cuatro años son un siglo.

Yo he leído con sorpresa la primera parte de mi novela, sin poder reconocer a la autora de ella, i juzgándola como si yo de entonces fuese enteramente distinto del yo de ahora. Mi deseo de confesarme hubiera sido destruir lo empezado i no darle conclusion; porque antes para escribir me inspiraba audacia el saber que solo el público indiferente habia de leer mis escritos; pero ahora me acordaba una idea de que mas tarde habia de leerlos mi hijo.

No es mi deseo el que cumpla conservando las obras empezadas, i dándoles conclusion para que se publiquen: es un deber que me hubie impuesto de antemano, i del cual no puede eximirme otra razón alguna. Pero esta advertencia hara conocer al lector las dificultades con que he tenido que luchar en la novela, para dar unidad a sus dos mitades consiguientes en distintas épocas.

San Ildefonso, —1853.

Carolina Coronado de Perry.

A LA SEÑORITA DOÑA NATALIA FAJON.

Prima mía: desde que tengo la dicha de poseer tu cariño, todos mis pensamientos van unidos a tu memoria. Por eso algunas veces has de leer tu nombre al frente de mis escritos, porque quiero que nuestros nombres formen el mismo lazo que forman nuestras almas.

Badajoz.—1849.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I.

EL AMANTE DE LA ESTATUA.

Permíteme que vuelva mis ojos amorosamente a Portugal, siquiera porque en él se halla hoy 1.º de mayo de 1550 una española célebre.

Dos meses hace que pasó desde Toledo a Lisboa acompañada de su anciano padre la escritora Luisa Sigea, i uno que por segunda vez, después de cinco años de ausencia, la recibió a su servicio la princesa dona Maria, hija del rei don Manuel. Todavía los nuevos cortesanos no conocen a la antigua dama, i esperan impacientes el día de ceremonia para ver si su belleza corresponde a la fama que la ha dado su país.

Mui fea será preciso que se presente la literata toletina si ha de parecerse a la juventud portuguesa, para quien la sola prenda de ser española constituye la primera belleza de una mujer.

Infinitas damas hai en palacio, hermosas como la luz; pero todas tienen un defecto capital para los galanes de Lisboa: son portuguesas. La princesa misma no puede evitar que sus encantos aparezcan nublados a la vista de los nobles, por mas que los rayos de sus brillantes ojos den esplendor a su juvenil fisonomía. Ninguno halla espresion en la dulzura de sus ojos negruzcos, ni gracia en la sonrisa de su preciosa boca. La dama española debe de mirar con mas fuego i sonreír con mas amor. La dama española es la que desean ver.

Jeneros con nosotros solamente los patriotas lusitimos, nada hallan en el extranjero superior a las cosas de su reino, ni clima, ni ejércitos, ni bajeles, sino las damas españolas. Porque su sol les parece el mas esplendoroso que alumbraba la tierra; cuentan por cabezas la extranjera caballería, i la suya por pies para que resulte la misma cuenta, i llaman a sus barquichuelos *terror d'os mares*.

Pero ante nosotros se despeja el cenó de su orgullo nacional; su lengua enfática se hace humilde, i los enemigos de los castellanos se postvan a nuestras plantas como los indios que adoraban a Colon.

Si ha de acontecer por dicha que en los venideros siglos se una a la grande España el pequeño Portugal, no creais que esto se veri-

fique por la contienda de las armas, sino por los lazos del amor. La fuerza de atraccion que tiene España para absorber, al fin, a su vecino, no es la del acero, es la de la belleza. Dios ha puesto en el corazon de los portugueses una irresistible simpatía que los impulsa a buscar en España su felicidad.

En un principio no querrán ceder en su patriotismo, i robarán a las españolas para identificarlas a su país; luego se conformarán con vivir en España siguiendo las costumbres de su pueblo, i mas tarde adoptarán nuestras costumbres i se confundirán las españolas que van con los portugueses que vienen. Lo que no alcanzaron las batallas de tan denodados guerreros, lo alcanzarán las sonrisas de las timidas mujeres, i antes de muchos siglos, España i Portugal no formarán sino una sola familia.... Pero estamos en 1550 i todavía no es tiempo de discurrir de este modo, sino de continuar sencillamente la relacion de unos hechos que nada tienen que ver con la union de España i Portugal.

Hoy es el cumpleaños de la princesa dona Maria, i hai ceremonia a la que no puede menos de concurrir la dama española.

Los jóvenes de quince a veinte años estiran sus bigotes cuanto puede consentirlo el flexible bozo que apenas sombra el labio. Los veinte i cinco a treinta recortan el mostacho para suavizar la densa sombra de las ásperas cerdas. Los hombres de cuarenta a cincuenta se empolvan la peluca.

Uno solo entre los cortesanos permanece inactivo en medio de la vanidosa faena. Ni siquiera piensa en asistir a la ceremonia i es joven, gallardo, enamorado i presumido; i sabe por tradicion que es hermosa la Sigea. Pero con una palabra se esplica su indiferencia, su apatía: este caballero es español i no puede ofrecerle novedad la vista de una española.

No sé si habreis leído otras novelas en las cuales he descrito los jardines de Portugal, pero si las leisteis, ahorrarme el trabajo de una nueva descripción, recordando aquellas, i si no las habeis leído, tomar la molestia de buscar el capítulo 3.º de *Musina*, donde agoté mi vena poética haciendo brotar con profusion toda clase de árboles i de flores, de cascadas i de fuentes. Nada vuelvo yo a escribir tan fresco i tan florido como aquel capítulo de pura vegetacion en el cual cada palabra es una rama de sauce o de naranjo, i cada letra una hoja de nardo o de jazmin.

Es un capítulo aquel que copiaria de buena gana introduciéndolo en esta novela, si no fuese porque es ya propiedad del editor portugués, que *perseguirá ante la lei al que lo reimprima*.

Digo todo esto porque las ventanas del pabellon que habita la escritora de Toledo, dan sobre el jardín real, i mis lectores naturalmente querrán saber cómo es este jardín. Esto es mui justo. Desde que el primer escritor dió su lector el adjetivo de *curioso*, ha sido curioso siempre i seguirá siéndolo mientras haya escritores. Yo comprendo bien la curiosidad que tendrá ahora por saber cómo era el real jardín, pero repito que nada vuelvo a escribir como el capítulo 3.º de *Musina*.

Basta para dar una idea del jardín real con el silbido de los portugueses, que ponderan así su magnificencia como si las palabras no fueran suficientemente espresivas para hacer su elogio.

Todas las mañanas pasean entre los árboles multitud de jóvenes que espian el momento de ver a la Sigea asomada a sus ventanas, pero inútilmente, porque ella permanece oculta en el fondo de su habitación todo el tiempo que la dejan libre sus tareas en el cuarto de la princesa.

La sombra de la arboleda empieza a dibujarse en el suelo, cuando el caballero de Castilla, no con objeto de ver a la española, sino con otro que no ha querido decirme, ni yo me atreveré a preguntar, se ha detenido cerca de una Venus de Carrara, que por un capricho de su escultor arroja dos canos de purísima agua por cada uno de sus hermosos pechos. Parece aquella Venus la nodriza de todas las flores que se alimentan en el jardín con su abundante jugo.

El caballero español cruzado de brazos contemplaba estático la escultura, cuando uno de los cortesanos portugueses que hablaba nuestro idioma, se acercó i le dijo dándole un golpe en la espalda.

—¡Ya estamos! ¡*Deus*, tú te hallas enamorado de esa piedra!

Rióse el español, i contestó volviendo la cabeza, pero sin apartar los ojos de la estatua: —¡Mira que es hermosa!

—Pero de piedra. ¡*Hermosa la menina española*! La he visto ayer por la espalda al pasar a la sala de guardia, i....

—No será como esta.

—*Ainda mais*,

—¿Qué sabes si no la has visto mas que por la espalda?

—Pero soi un lince: se me traslucen las cabezas bellas; aunque las vea por el revés, ¿vendrás a la ceremonia?

—No, respondió el español sentándose enfrente de la estatua.

—¡*Deus*! vas a perder el juicio, Mariano, con esa regadera d'os jardines.

Retiróse el portugués i se unió a los otros compañeros, que se alejaron riendo de la extravagancia del castecao. Un minuto después de haber desaparecido ellos asomó a una de las ventanas que daba sobre la fuente la linda cabeza de la Tolentina.

Los reflejos todavía pálidos del sol de primavera esmaltaban la blanca frente del español, haciéndola lucir como si fuese de plata. Su lijerísimo bigote castaño, esportado graciosamente, se unia por las estremidades a los grupos de sus cabellos, que avanzaban hasta las mejillas, envolviendo el óvalo de su rostro en una sombra como la que dan a sus cuadros los pintores de la escuela de Rivera. Tenia el caballero apoyada la cabeza en la mano izquierda, el codo en el relieve de una columna i los pies indolentemente cruzados. El traje de terciopelo negro con los vistosos greguescos i lucidos oropeles de la corte de D. Manuel, el reflejo del sol i su actitud aumentaban la gallardía del caballero con una triple ventaja.

La mirada de la escritora se detuvo en el primero con indiferencia, después con curiosidad, i por ultimo con interés. —¿Qué contempla? preguntó parasi. —Es la estatua, respondiéndose a sí misma. —Un ocioso, pensó después haciendo un jesto de desden; —¿por qué no llevará un libro al jardín?

Separóse de la ventana, i se sentó cerca de una mesa donde se veia un gran pliego con párrafos escritos en distintos idiomas. El primero en latín, el segundo en griego i el tercero se puso a continuarlo en hebreo.

Escribió tranquilamente algunas líneas, i se levantó varias veces para hojear pergaminos i registrar diccionarios.

Una hora trabajaria, i sofocada se acercó a la ventana para respirar el aire fresco, sin acordarse ya del caballero que estaba en la fuente. Pero al verle todavía en la misma postura se sorprendió i volvió de nuevo a examinarlo.

—¡Es mucha ociosidad! exclamó. Este hom-

bre es español indudablemente. Continuemos mi carta.

El cuarto párrafo de esta carta habia de ir escrito en siríaco, i aun faltaba el párrafo quinto que seria en árabe.

La Sigea escribió con arder dos horas mas. Concluyó, cerró su carta i la puso la dirección.

Al Pontífice Paulo III (1).

Vistióse luego de ceremonia, i se dirigió al salon de la princesa.

Los cortesanos, formados en hileras, aguardaban la hora de la ceremonia. El mas impaciente era aquel portugués que habló en la fuente con el amante de la estatua. Presentóse por fin dona Maria seguida de sus damas, entre las que se vio aparecer a la escritora toletina; pero las risueñas esperanzas de los jóvenes quedaron defraudadas con su presencia. En vez de una andaluza salada, vivaracha, incitadora, hallaron la figura de una imagen.

La Sigea tenia la frente noble i suave, hermosos ojos, mejillas de virgen, redonda i pura, i una boca de espresion inocente. El talle de la Sigea era delicado i majestoso....

—Ah! exclamó en voz baja aquel portugués que la aguardaba ansioso, crei que a *menina* española seria *maria sandungueira*.

Dirigió la Sigea una mirada investigadora en torno de sí, i volvió a bajar los ojos sin haber visto al español.

Otros españoles concurren al palacio tan gallardos acaso como el amante de la estatua, pero la dama no fija su atencion en ellos.

Concluida la ceremonia quiso la princesa bajar a los jardines, i eligió para que la acompañasen a la Duquesa de Alencastre, a la Condesa de Almeida i a la escritora de Toledo.

Timida la Sigea para aceptar un honor que no creia merecer todavía en palacio, dejó marchar delante a las ilustres damas, i las acompañó a una distancia respetuosa. Atravesaron gran parte del jardín, i dona Maria se detuvo junto a la fuente, donde se elevaba la Venus.

La Sigea se detuvo tambien.

Pero, ¡cosa estrana! en vez de sentir un placer artístico, en la contemplacion de la hermosa estatua, sintió un secreto disgusto que no se supo esplicar. Su primer impulso

(1) Alfonso de Lamadrid.

Tan desahogado campo a la discusión de

que cubrir con un velo aquellas desdichadas formas. El agua cristalina que emanaban sus pechos lo producía con el rumor de su caída una angustia dolorosa, i no pudo marcar la perfección de aquella torcida pierna, sin experimentar un sacudimiento en todas sus fibras. La Duquesa de Alencastre vino a dar mas energía a esta sensación diciendo en inglés:

—¿Cómo! no estará por aquí ese tonto de Mariano?

—El loco, no! tonto; repuso la Princesa.

—Tonto-loco, añadió la Condesa de Almeida.

—Tonto no, volvió a corregir dona Maria; i luego exclamó en voz baja. Será preciso hacer pedruzcos la estatua!

La Princesa no quiso ya pasear i se retiró del jardín silenciosamente.

La Sigea volvió a su habitación melancólicamente disgustada.

Después del traje de ceremonia, i se puso a escribir sobre la influencia de la escultura en los sentidos. Buscó en sus libros las noticias de los mejores escultores i se ensanó con Praxiteles.

Un trozo de este libro debe existir entre los manuscritos de la autora, que dice lo siguiente, traducido del latín:

«La influencia de la escultura es muchas veces perniciosa al desarrollo de las buenas pasiones. La juventud se fija mas en las formas de una estatua, que en el estudio del arte; i atribuyó en gran manera el relajamiento de la sociedad griega, a la profusión de hermosas estatuas que adornaban sus plazas i sus paseos. Es cierto que este arte, puede servir en beneficio de la filosofía i de la religión, inspirando a la escultura la fisonomía de personajes históricos, o de imágenes piadosas; pero los mejores pintores se han dedicado principalmente a copiar la belleza. ¡Esas Venus, esas Venus son el coto del sensualismo, i Praxiteles la perdición de la juventud! ¡Por que no dar al arte la severa expresión de la virtud, aunque no tengan las formas esa perfecta armonía? ¡Ah! la belleza! siempre la belleza de las formas! Siempre la forma, nunca la esencia...!»

Detuvo la escritora al llegar aquí, agitada por una angustia indignación, i levantando la cabeza, con la pluma en la mano, se vio retratada por la pequeña cornucopia que tenía enfrente. (Original, por cierto, era el contraste que ofrecía lo que acababa de escribir,

restando dar algunas espaldas a la empresa. No negamos la magnitud de la empresa

i la imagen que se reproducía en el cristal. Cuando estaba tronando contra la hermosura se veía ella mas hermosa que nunca por el carmin que cubría su rostro i por el noble fuego que animaba sus ojos. La secretaria de la escuela espiritualista se olvidaba de si misma i combatía su propio mérito por sacar ventaja de su doctrina. Se hallaba tan superior a las pasiones, que proscribía toda emoción de los sentidos con una severidad digna del filósofo mas austero.

Pero en aquel instante los golpes de un martillo resonaron en el jardín. Oyóse el estallido que hace al saltar la piedra i luego el ruido, como de una roca que se desploma, estremeció las paredes.

Asomóse la Sigea i vió rodar la estatua de Venus partida en dos pedazos.

—¡Ah! exclamó con alegría, han destruido la estatua.

—¡Malvados! gritó al mismo tiempo el caballero español apareciendo al fin de la arboleda, ¿qué haceis?...

Y tiró de la espada.

Adelantóse el jardinero mayor hacia el amante de la estatua i respondió:

—Cumplir las órdenes de S. A.

Guardó la espada Enriquez i se acercó a la estatua; cruzó los brazos i la miró dolorosamente.

La Sigea creyó distinguir dos gruesas lágrimas que rodaron por las mejillas del caballero i se consumieron en su mostacho.

—¿Es mi estrano! Es mi estrano esto que sucede, repitió la Sigea; ese joven llora por una estatua i yo lloro... i yo lloro... porque llora él!!!

CAPÍTULO II.

LA ACADEMIA DE LA INFANTA DOÑA MARIA.

No halló medio de empezar este capítulo sin interrumpir la lectura de un poema que está leyendo Luisa Sigea en el gabinete de la infanta dona Maria.

La infanta dona Maria era en Lisboa la única dama que prestaba atención a los literatos en el siglo decimosesto, i por eso en torno de ella se agrupaban todas las celebridades; así del reino como extranjeras.

Se hallaba la infanta dona Maria en lo mas hermoso de su juventud, i en lo mas brillante de su talento.

Dice una apreciable escritora inglesa, que

Constituye. poder públicos tiene que reformarse i

nada hai mas difícil de hallar que una literatura que no sea *féta ni vieja*. Efectivamente, parece que las letras dan a los rostros femeniles el barniz de la fealdad i de la vejez; parece que la naturaleza se complace en castigar la ambición de las mujeres *eruditas*, marchitando en flor sus encantos, i haciéndolas ridiculas desde que se hacen *sábias*. La mayor parte de las celebridades inglesas llevan peluca i anteojos desde los veinte y cinco años. Una francesa hubo que a los veinte años se quedó sin dientes i sin pestañas. Algunas, como Jorge Sand, se salvaron por la transformación del sexo pareciendo lindos muchachos. Mui pocas son las que pueden conservar el adjetivo de lindas mujeres.

Este privilegio lo tuvieron, no obstante, en el siglo XVI dos ilustres literatas; la infanta dona Maria Luisa Sigea. *Lirio e rosa de candura*, llamaban a la infanta precisamente cuando se hallaba estudiando latin, i presidiendo con su corte de damas la única academia literaria que, como hemos dicho, habia por entónces en la corte de Portugal.

¡Oh! era preciso ser mui bella, mui graciosa i mui sencilla para presidir como la infanta a un certamen de doctores, de sabios, de poetas i de pelantes, sin excitar la risa.

Discipula del docto Agustín Suarez, i del venerable obispo de Coimbra, era dona Maria mui entendida en el conocimiento de la filosofía de la sagrada escritura; pero ambicionaba poseer una vasta erudición, i para dedicarse al estudio de las lenguas doctas, habia hecho venir a su corte a la literata Luisa Sigea.

Dos veces a la semana admitía en sus salones a las jentes de letras, i precisamente esta noche se hallaban mas que nunca concurridos. Asistían, entre otros doctores, el obispo de Agdas, embajador de España, dos prelados portugueses de reconocida sabiduría, el célebre Juan de Barros, don Francisco Saa de Miranda, Jorge Montemayor, don Horacio de Acuña, Luisa Sigea i un gran número de nobles, caballeros i damas.

Habíase discutido los puntos mas difíciles del arte, i se habia puesto en tortura el ingenio para que confesase cada cual sus pecados de poesía, i llegó su turno a la escritora de Toledo. Leía esta, como decíamos, el primer canto de su poema describiendo a Cintra (1), cuando hemos empezado este

capítulo interrumpiendo sus versos. El lector ha debido oír claramente los versos del poema, i doi por supuesto que aplaude i la invita a continuar. Pero la Sigea se ha turbado, i todos los ruegos de los poetas no pueden conseguir que prosiga la lectura. ¡Qué diablo! ¿Quién habia de evitar que el capítulo segundo viniese a interrumpir un poema? ¡Malditos versos que no dejan lugar a la prosa! ¡Es mucha impertinencia esta de los consonantes!

Al mismo tiempo que nosotros, ha entrado en el salon de la princesa don Mariano Enriquez, el caballero español, *el amante de la estatua*, para explicarnos de una vez.

Saluda profundamente a S. A., hace a las damas una ligera inclinación, i escoge para sentarse el sitio mas apartado.

Miranda insistía en que la española habia de continuar la lectura del poema, pero oída su negativa dijo:

—Si la ilustre señora no prosigue i S. A. me dá permiso leeré mi égloga castellana.

—Y yo unos versos que he escrito a un buen caballero i mal poeta, anadió don Hernando de Acuña con una graciosa sonrisa.

Levó el clásico Lusitano su égloga a Nemoro, que duró cinco cuartos de hora i cuya conclusión fué:

restados dar algunas espaldas a la empresa. No negamos la magnitud de la empresa

capítulo interrumpiendo sus versos. El lector ha debido oír claramente los versos del poema, i doi por supuesto que aplaude i la invita a continuar. Pero la Sigea se ha turbado, i todos los ruegos de los poetas no pueden conseguir que prosiga la lectura. ¡Qué diablo! ¿Quién habia de evitar que el capítulo segundo viniese a interrumpir un poema? ¡Malditos versos que no dejan lugar a la prosa! ¡Es mucha impertinencia esta de los consonantes!

Al mismo tiempo que nosotros, ha entrado en el salon de la princesa don Mariano Enriquez, el caballero español, *el amante de la estatua*, para explicarnos de una vez.

Saluda profundamente a S. A., hace a las damas una ligera inclinación, i escoge para sentarse el sitio mas apartado.

Miranda insistía en que la española habia de continuar la lectura del poema, pero oída su negativa dijo:

—Si la ilustre señora no prosigue i S. A. me dá permiso leeré mi égloga castellana.

—Y yo unos versos que he escrito a un buen caballero i mal poeta, anadió don Hernando de Acuña con una graciosa sonrisa.

Levó el clásico Lusitano su égloga a Nemoro, que duró cinco cuartos de hora i cuya conclusión fué:

PELAYO (1)

Suso, Suso, a cantar sin mas escusa.

SALICIO.

Tana Bras, yo diré de Lazo nuestro Con buena ayuda suya i de las musas Con grande perdón suyo i grande nuestro.

Enjugó el clásico Lusitano el sudor que corría por su frente, i el auditorio fatigado, se entró al reposo que tanto habia menester. Los semblantes de los caballeros revelaban el disgusto i la impaciencia: los de las damas el tedio. Pero levantóse don Hernando de Acuña i desdoblado un papel, levó lo siguiente:

A un buen caballero i mal poeta (2).

De vuestra torpe lira

(1) Poesías de don Francisco Saa de Miranda. Biblioteca de Lisboa.

(2) Poesías de Hernando de Acuña. Parnaso español.

restados dar algunas espaldas a la empresa. No negamos la magnitud de la empresa

ofende tanto el son, que en un momento mueve al discreto a ira i a descontentamiento: a vos solo, señor, os dais contento.

Yo en esperas montañas, no dudo que tal canto endureciese las fieras alimanas o a risa las moviese, si natura el reír las concediese.

Y e tanto habeis cantado es para echar las aves de su nido: i el fiero Marto airado, mirándos, se ha reído de versos tras Apolo andar perdido.

¡Ay de los capitaneos, en las sublimes ruedas colocados, aunque sean alemanes, si para ser loados fueran a vuestra musa encomendados!

¡Mas ay, señor, de aquella, cuya beldad de vos fuera cantada! que vos dareis con ella do verso sepultada tuviera por mejor que ser loada.

Que vuestra musa sola basta a secar del campo la verdura, i al lirio i la viola do hai tanta hermosura, estragar la color i la frescura.

¡Triste de aquel cautivo que a esguicharos, señor, es condenado! que está muriendo vivo, de versos enfadado, i a decir que son buenos es forzado.

¡Pues que podrá decirse de quien de versos llenos de aspereza no quiere arrepentirse, i para tal dureza anda sacando fuerzas de flaqueza?

Señor, unos dejaron fama en el mundo por lo que escribieron, i de otros se burlaron, que en obras que hicieron ajeno parecer nunca admitieron.

Palabras aplicadas Podrían ser estas a vuestra escritura; pero no señaladas, porque es en piedra dura, i ya vuestro escribir no tiene cura.

Las bocas de los concurrentes estallaron unánimes en una explosión de risa. Solo Miranda conservó su gravedad, no habiendo entendido la alusión, i preocupado en juzgar si la obra se hallaba arreglada a los precep-

tos clásicos. Hizo notar a don Hernando de Acuña que en el segundo verso de la quinta estrofa se hacia una pausa por medio de la admiración; pausa mui perjudicial a los versos que seguían. No pudo conformarse con que se pusiese coma en el quinto verso de la octava estrofa, debiendo a su parecer haber dos puntos; i empenó últimamente una cuestion gramatical sobre cada una de las voces, mientras que los demas caballeros, cansados de poesía, entablaron con las damas pláticas mas amenas. Uno de estos fué don Mariano Enriquez que acercó su asiento al de la Sigea.

—¿Habeis paseado esta tarde en el jardín? preguntó la Sigea.

Enriquez dirigió a la escritora una inquisitiva mirada, i tartamudeó la respuesta.

—Sí... es decir, no... llegué a la fuente... ¿por qué me haceis esa pregunta? dijo esforzándose a sonreír.

—Perdonad si soi indiscreta.

—¡Ah, no, jamás seréis indiscreta! pero... ¿habeis ido a la fuente?

—No.

Respiró don Mariano, i quiso mudar de conversacion; pero la Sigea repuso:

—No necesito bajar al jardín para ver la fuente, porque mis ventanas dan sobre ella.

—¿Cómo? exclamó Enriquez sobresaltado otra vez.

—Sí, sobre la fuente donde estaba la estatua...

—¿Dónde estaba... habeis dicho, luego sabeis?...

—Que ya no está...

—¿Qué mas sabeis? preguntó con ansiedad el joven.

—¿Qué mas hai? dijo la escritora con tono de curiosidad.

—Nada... nada mas.

—¿Cred que he tomado mucha parte en vuestro dolor.

—¿Mi dolor, señora? explicaos...

—Era una hermosa estatua.

—¿Oh Dios mio, os lo han dicho todo i burláis de mí!...

—De ninguna manera. Hallo vuestro entusiasmo mui justo; sois un verdadero artista.

Callaron, i el español pareció absorto en sus cavilaciones; al fin dijo:

—¿Nada mas sabeis?... ¿no es verdad?... habládmelo injenunamente.

restados dar algunas espaldas a la empresa. No negamos la magnitud de la empresa

ofende tanto el son, que en un momento mueve al discreto a ira i a descontentamiento: a vos solo, señor, os dais contento.

Yo en esperas montañas, no dudo que tal canto endureciese las fieras alimanas o a risa las moviese, si natura el reír las concediese.

Y e tanto habeis cantado es para echar las aves de su nido: i el fiero Marto airado, mirándos, se ha reído de versos tras Apolo andar perdido.

¡Ay de los capitaneos, en las sublimes ruedas colocados, aunque sean alemanes, si para ser loados fueran a vuestra musa encomendados!

¡Mas ay, señor, de aquella, cuya beldad de vos fuera cantada! que vos dareis con ella do verso sepultada tuviera por mejor que ser loada.

Que vuestra musa sola basta a secar del campo la verdura, i al lirio i la viola do hai tanta hermosura, estragar la color i la frescura.

¡Triste de aquel cautivo que a esguicharos, señor, es condenado! que está muriendo vivo, de versos enfadado, i a decir que son buenos es forzado.

¡Pues que podrá decirse de quien de versos llenos de aspereza no quiere arrepentirse, i para tal dureza anda sacando fuerzas de flaqueza?

Señor, unos dejaron fama en el mundo por lo que escribieron, i de otros se burlaron, que en obras que hicieron ajeno parecer nunca admitieron.

Palabras aplicadas Podrían ser estas a vuestra escritura; pero no señaladas, porque es en piedra dura, i ya vuestro escribir no tiene cura.

Las bocas de los concurrentes estallaron unánimes en una explosión de risa. Solo Miranda conservó su gravedad, no habiendo entendido la alusión, i preocupado en juzgar si la obra se hallaba arreglada a los precep-

tos clásicos. Hizo notar a don Hernando de Acuña que en el segundo verso de la quinta estrofa se hacia una pausa por medio de la admiración; pausa mui perjudicial a los versos que seguían. No pudo conformarse con que se pusiese coma en el quinto verso de la octava estrofa, debiendo a su parecer haber dos puntos; i empenó últimamente una cuestion gramatical sobre cada una de las voces, mientras que los demas caballeros, cansados de poesía, entablaron con las damas pláticas mas amenas. Uno de estos fué don Mariano Enriquez que acercó su asiento al de la Sigea.

—¿Habeis paseado esta tarde en el jardín? preguntó la Sigea.

Enriquez dirigió a la escritora una inquisitiva mirada, i tartamudeó la respuesta.

—Sí... es decir, no... llegué a la fuente... ¿por qué me haceis esa pregunta? dijo esforzándose a sonreír.

—Perdonad si soi indiscreta.

—¡Ah, no, jamás seréis indiscreta! pero... ¿habeis ido a la fuente?

—No.

Respiró don Mariano, i quiso mudar de conversacion; pero la Sigea repuso:

—No necesito bajar al jardín para ver la fuente, porque mis ventanas dan sobre ella.

—¿Cómo? exclamó Enriquez sobresaltado otra vez.

—Sí, sobre la fuente donde estaba la estatua...

—¿Dónde estaba... habeis dicho, luego sabeis?...

—Que ya no está...

—¿Qué mas sabeis? preguntó con ansiedad el joven.

—¿Qué mas hai? dijo la escritora con tono de curiosidad.

—Nada... nada mas.

—¿Cred que he tomado mucha parte en vuestro dolor.

—¿Mi dolor, señora? explicaos...

—Era una hermosa estatua.

—¿Oh Dios mio, os lo han dicho todo i burláis de mí!...

—De ninguna manera. Hallo vuestro entusiasmo mui justo; sois un verdadero artista.

Callaron, i el español pareció absorto en sus cavilaciones; al fin dijo:

—¿Nada mas sabeis?... ¿no es verdad?... habládmelo injenunamente.

(Continúa.)

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA

CAROLINA CORONADO.

(Continuación.)

Luisa hizo un movimiento negativo.

—En esta corte todo llama la atención, añadió Enriquez; así que casi celebro que hayan quitado la estatua.

—¿Sí?... ¡Llevais a bien esta disposición de S. A. dona María?

—¿Qué! ¿Sabéis que ha sido dona María?

—Ciertamente.

—¿Luego sabreis el motivo?...

Mientras hablaba dirigía Enriquez a la escritora miradas oblicuas para ver si sorprendía algún jesto; pero el semblante de la Sigea permaneció impasible, y don Mariano acabó de tranquilizarse con estas palabras.

—Señor, creo que la disposición de S. A. no tenga relación con vuestras visitas a la fuente. Cualquiera que sea la singularidad de estas visitas, S. A. no manifestaría su desagrado destruyendo la estatua, si no fuese porque le ha dado la idea de colocar su busto en el jardín. Podeis estar tranquilo acerca de vuestro secreto.

—¿Qué secreto, señora?

—El de vuestro entusiasmo contestó la Sigea impacientada por la suspicacia i reserva del joven.

—¡Ah, sí!

Todavía siguieron hablando la escritora i Enriquez, pero los gritos de Miranda confundían su conversación.

—Que no hai cacofonia, señor don Hernando, que no hai cacofonia en mirándolos... ¡O. o. o. os!... Pues qué llamais a estas dos oo, señor don Hernando?

—Pero señor don Francisco, ¿es posible que os llame la atención la cacofonia, i que no os la llame la oportunidad de los versos?

—Es que no conozco al poeta contra quien se han escrito.

—¿Señor don Francisco!

—Por mi honor que no le conozco... ¡Ah! prosiguió bajando la voz, ¡ya caigo! ¿Qué diablura! Es un inocente este Montemayor.

Jorje Montemayor no era hombre a quien se le escapaba palabra alguna por muy bajo que se pronunciase cuando aludía a su persona i, habiendo adivinado por el eco i por el jesto de Miranda lo que habia dicho, se volvió buscamente al escritor diciendo:

—Esa sátira no es contra mí, señor don Francisco, sino contra vos.

—Ciertamente, repuso con la mayor calma don Hernando de Acuña.

Hinchóse el portugués como la vela de un buque al soplo de levante, idió a don Hernando de Acuña reventando de ira i acudiendo al portugués para espresar con mas rapidez i soltura su terrible indignación.

—De me matar facera mui mellor... ¡Deus! ¡Deus!

—Señor don Francisco, ¿no os dije cuando me leisteis los primeros versos que iba a satirizar la égloga a Nemoros? os lo dije delante de S. A. que rió mucho de mi oposición.

—¡Hum!... continuaba el otro, a esta coita nunca eu vi por.

—Señor don Francisco, dijo Montemayor, tomad con mas calma la poesia i no os pongais así.

—¿Uf! ¡Deus!

Enteróse la princesa de aquella cuestion i llamó a Miranda queriendo serenarlo. Pero él exclamó mirándola como un insensato:

—¿Qué farei eu?... ¡Por Deus que mi ó digades!

La presencia de un caballero que en aquel punto entró, hizo callar a todos. Vestía luto desde el cabello hasta la planta. Andaba gravemente i parecia absorto en sus meditaciones. Era tan joven que todavía en su rostro pálido no se dibujaba mas sombra de vello que la que proyectaban sus cejas. Pero estas eran tan fuertes que daban a los grandes ojos del enlutado una energía maravillosa. Un jesto irónico i amargo entreabría sus labios gruesos i descoloridos. Su traje, su andar, su tristeza esparecían el silencio. Su fisonomía atraía la curiosidad.

¿Quién era aquel hombre casi niño que producía en los ánimos tan repentina sensación?

Llegó a la princesa i besó su mano pronunciando en voz muy baja algunas palabras que solo la princesa pudo oír. Despues saludando a las damas con la cabeza i tendiendo la mano a los poetas dijo con una voz que, naturalmente solemne, vibraba en aquel instante con un sonido de honda conmoción.

¡Adios, amigos míos! mañana parto a la India. Acordaos de Luis de Camoens.

CAPÍTULO III.

LAS BODAS DE LA INFANTA DOÑA MARIA.

El personaje mas importante que habia en Lisboa, no era seguramente el rei don Juan III, sino el infante cardenal don Enrique, comendador de la santa Cruz de Coimbra, arzobispo de Evora, de Braga, inquisidor jeneral i gobernador de aquellos reinos.

Pocos ilustres principes han obtenido en Portugal la veneración de los pueblos con mas justicia que el infante cardenal don Enrique. Inteligente, enérgico, magnánimo, piadoso, cortés con las damas, tolerante con los caballeros, afable con los desgraciados, fué el único inquisidor que se hizo amar de los verdaderos católicos. No ha habido otro principe que a los treinta i cinco años de edad pudiera reunir en su persona tan graves cargos, i desempeñarlos con una prudencia mas consumada. No recordaban los portugueses haber visto bajo la mitra rostro mas joven i bello, i les causaba pascio la presidencia del principe en los graves actos inquisitoriales. Pálido, con el cabello rubio i ensortijado, con los ojos de un azul bello i dulce, con los labios entreabiertos por una perenne sonrisa, mas bien que el juez encargado de condenar a los hombres, parecia el ángel que redimía a los condenados.

Precisamente el infante cardenal era inquisidor cuando empezaba en España la enegarnizada persecucion contra los herejes, secundada en Portugal con todo el exajerado celo que inspiraba el fanatismo a los prelados de aquel reino.

Ese poder de la iglesia que hizo temblar pocos años despues a Felipe II, tenia todavía en España el correctivo del emperador Carlos V, que levantando su cetro por cima de la silla pontifical, cuando Paulo III no queria acceder a sus peticiones, recurria a los teólogos i les hacia componer un *Interim* (1).

Pero en Portugal era débil don Juan III para resistir a ese poder formidable que aparece en los siglos pasados a la luz de la hoguera de la inquisicion, como imaginajo la bruja de los cuentos en las noches oscuras

en torno de la llama donde quema a los niños vivos entre conjuros misteriosos.

Portugal estaba espantado con el miedo de los herejes, i empezaban a fulminarse terribles condenas contra los que se juzgaban solamente tibios en el cumplimiento de las prácticas del catolicismo.

Envano el justo corazon del infante cardenal, procuraba suavizar las penas que pedían los eclesiásticos para el que no habia oído con reverencia un largo sermón, o para el que habia cometido la imprudencia de censurar que tenia amigos protestantes. El clero se enfurecía, el vulgo bramaba, i los inquisidores tenían que decretar cuando menos una prision perpetua.

Ya empezaba la gota de agua a refrescar muchas cabezas, i la llama a calentar muchos huesos, cuando se supo en Portugal la espulsion de la Suavia de todos los predicantes i maestros que se creían inficionados de la doctrina herética. La politica portuguesa, imitadora desde muy antiguo de la politica española, se propuso adoptar tambien una medida análoga a la de Carlos V, i en su consecuencia resolvió don Juan III, de acuerdo con los inquisidores, espulsar tambien a todos los que fuesen sospechosos, empezando por declarar *idólatras* a Cosme Senesi, escultor italiano, por haber dicho que las Venus romanas eran la mayor riqueza de Portugal, i a Bernardo Ruitz, pintor andaluz, por haber copiado el rostro de una Virgen para colocar en un cuadro de composicion mitológica.

En tal estado se hallaba la suspicacia del clero portugués cuando empezó a circular por Lisboa el rumor de que la infanta dona Maria tenia en su jardín una Venus que adoraba un castellano. Este rumor llegó a oídos de dona Maria i mandó derribar la estatua; pero no debieron de quedar satisfechos los ánimos piadosos, cuando elevaron una formal queja al infante cardenal solicitando la prision del castellano.

Terminada la academia, despues de la despedida de Luis de Camoens, pidió el infante cardenal permiso para hablar a dona Maria, i fué recibido en su cámara.

—Venid con Dios, hermano mio, dijo la infanta besando respetuosamente la mano del inquisidor.

—Hermana mia, contestó don Enrique devolviéndole el ósculo con el mismo respeto: Dios os bendiga, traigo para vos una embaja-

da importante, i quisiera saber si estais en disposicion de oirla.

—Siendo vos el *embajador*, hermano mio, siempre estoi dispuesta a escuchar.

—¡Aludis al obispo de Agdas que no ha hallado gracia con vos?

—Aludo a todos los *embajadores*.

—¿Por qué esa prevención contra los *embajadores*?

—Voi a recordaroslo, don Enrique. Apenas tenia yo cuatro años, huérfana del rei, i retirada con mi augusta madre en el monasterio de Odivelas, cuando vi al primer *embajador*, llamabase el duque de Alba i era un gentil caballero, tal como yo habia imaginado al rei mi padre, con un semblante lleno de majestad i un vestido brillante. La impresion que me causó el duque de Alba fué tan estraña, que cuando entré en el convento corría hacia mi madre diciéndola:—¡Señora un rei!

El duque venia comisionado por mi tío el emperador Carlos V para tratar las bodas de mi madre con Francisco I i conducirle a España. Yo nada pude comprender hasta que mi madre me abrazó llorando, i me dijo: «Adios, Maria, hija de mi corazon: me separo de ti, Dios te haga dichosa!»

Sali del convento para venir a palacio, i no tenia siete años cuando me presentó el rei a otro *embajador*. Era un viejo cuyo rostro no se veia debajo de la peluca sino por la puntiaguada nariz. Me hizo saber que era *embajador* de Francia, i que venia a pedir mi mano para el Delfín. Segun me explicó, ya habia dado el rei su palabra, i yo estaba casada sin sospecharlo.

Cuatro meses despues vino un nuevo *embajador* vestido de negro a darnos la triste nueva de la muerte del Delfín. Por consecuencia, a los nueve años me hallé viuda. Vestí rorme de luto i recibí el pésame de la corte; pero muy pronto fui despojada de la negra vestidura para desposarme con el hermano de mi difunto esposo, con el duque de Orleans, a quien perdí a los seis meses, quedando por segunda vez viuda antes de los diez años.

Aun no se habia retirado el *embajador* que vino a dar la noticia de la muerte del duque, cuando me anunciaron al *embajador* de Hungría, Mr. Lordes...

Al llegar aquí dona Maria, no pudo el infante cardenal reprimir la risa que le causaba la donosa relación de aquellas bodas, i dijo:

—Veo, hermana mia, que será difícil hallar un principe en la tierra con el cual no os hayais desposado.

—Aguardad, hermano mio, continuó la infanta, que falta mucho a la historia. Vino Mr. de Lordes i me pidió en nombre del rei de Hungría para su hijo Maximiano. Desposáronme de palabra por tercera vez, i la corte se apresuró a felicitarle. Trajéronse costosas galas, i ya se disponia mi viaje, cuando llegó otro *embajador* de mi augusta tío el emperador Carlos V que con pretesto se de que guerras, dispuso divorciarme de Maximiano para casarme con el archiduque Fernando. Ya me consideraba esposa del heredero del rei de romanos; pero con otro motivo, mudó de parecer el emperador, i todo quedó deshecho; propiéndome en seguida por medio de Mr. Honorio de Cais la mano de mi primo don Felipe.

Ignoro los motivos que impidieron la realización de este enlace. Solo sé, que don Felipe tomó otra esposa, i que ya me creia libre de *embajadores*. Mas ¡ay! me advierte el rei la llegada del obispo de Agdas, i un triste presentimiento me dice, don Enrique, que este *embajador* viene, como todos, a traerme alguna pesadumbre. Si no es a llevarse a mi madre, porque no tengo la dicha de que esté conmigo, ni es a anunciarme un duelo o a declarar una guerra, vendrá a proponerme algun casamiento.

Terminó la hermosa princesa con un jesto de desden estas graciosas palabras, i don Enrique se sonrió bondadosamente.

—Hermana mia, replicó al oír vuestra relación cualquiera tiene derecho para anatomizar a la raza de *embajadores* que tantos ha mortificado, i yo me apresuro a abandonar tan desgraciado título, temeroso de escitar vuestro desagrado.

—No temais, don Enrique, vos podeis serlo impunemente.

—¿Si viniere a hablaros de bodas?

—¿Con que no me he engañado? el obispo de Agdas...

—Viene a pedir vuestra mano para el principe don Felipe, que se halla viudo de dona Maria.

—Dios mio! exclamó la infanta aterrada; ¿qué ha contestado el rei?

—Dona Maria, oídme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia,

—Dios mio! exclamó la infanta aterrada; ¿qué ha contestado el rei?

—Dona Maria, oídme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia,

—Dios mio! exclamó la infanta aterrada; ¿qué ha contestado el rei?

—Dona Maria, oídme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia,

—Dios mio! exclamó la infanta aterrada; ¿qué ha contestado el rei?

—Dona Maria, oídme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia,

—Dios mio! exclamó la infanta aterrada; ¿qué ha contestado el rei?

—Dona Maria, oídme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia,

(1) Apuntes de la vida de Fulgito Holding i Agri-
la autores del *Interim*.

suspenden entre sus garras la corona de Francia, espantan con su vuelo al rei de Méjico, van sus presas en los campos africanos, i van a reposar sobre las torres de Flándes. El nido mas pequeño que tienen las águilas del emperador no cabe en nuestra tierra, porque ese nido es España. Nadie como Carlos V puede decir «yo doi la vuelta al mundo sin salir de mis dominios; yo tengo lecho propio en las antipodas...»

—I que...
—Ninguno desde Alejandro ha conseguido tantos triunfos; ninguno ha dado muestras de tan grande poder...

—Acabad, don Enrique...
—El emperador es el árbitro de la paz i de la guerra de las naciones: los reyes todos del mundo son sus ahijados.

—Pero señor...
—El emperador no solicita; manda. Sus mas ligeras insinuaciones son leyes...
—Luego él ha dispuesto...
—De vuestra mano, dona Maria, i es imposible rehusar...

Dona Maria guardó silencio por unos instantes, i luego, escondiendo el rostro entre sus manos, rompió en llanto.

—¡Hija mía! exclamó don Enrique tomando entre sus palmas aquella linda cabeza: escuchadme, por Dios, i no os entreguéis a un dolor injusto. No hablaré del honor que sería para una dama ilustre el enlazarse con el heredero del trono de Castilla, con el hijo de un héroe: no os hablaré de la vanidad, porque conozco vuestro sencillo carácter; pero permitidme que os haga conocer las virtudes de don Felipe. ¿Quién no envidiaría la dicha de tener por suyo al príncipe mas piadoso de la cristiandad? ¿Sabéis que en España es respetado de todos los pueblos, como si cineses ya la corona, por su temprana sabiduría, i por sus innatas virtudes?

—Todo lo sé, replicó la infanta sin dejar de llorar; pero no quiero ser reina.
—Nuestros deseos, hija mía, significan bien poco cuando Dios nos elije para que desempeñemos graves cargos. Si Dios ha determinado que lleveis una corona, en vano procuráis resistir su voluntad.

—¡Ah! ¡la voluntad de Dios es que yo no pertenezca a los hombres, don Enrique! Haríame lo revelan los misteriosos acontecimientos que han evitado siempre la realización de todos los lazos que se han formado para unirme a un esposo. ¡Creedme, está

hoda no se realizará, aunque yo la admitiera. Tal vez el príncipe morirá de repente, o se encenderá una guerra entre España i Portugal.

—Vuestra imaginación, hermana mía, se halla preocupada por sentimientos ideas. Espero que se disipen. Estáis agitada i necesitáis reposar. Mañana volveré i hablaremos mas despacio de la felicidad que os aguarda. Pero ántes tengo una gracia que pido.

—Decid.
—Teneis a vuestro servicio a un caballero español llamado don Mariano Enriquez?
—Sí. Una dama española que sirvió a mi madre en Estremadura me lo envió con cartas de mucho encarecimiento por su persona.

—El tribunal tiene que entender en su vida.

—¿Cómo?
—Se le acusa de idolatría.
—Ese caballero es un buen cristiano.
—Tal vez...
—I está bajo mi protección.

—¿Sabéis que para el tribunal no hai inmundidades?
—¿I qué queréis?
—Que lo entreguéis ántes que se os reclame.

—Entregar yo misma a un inocente!
—Si está inocente, nada debe temer.
—Pero con qué pretexto entrego a uno que no es culpable?

—Ha adorado a la Venus que estaba en vuestro jardín.
—Esa estatua no existe ya.
—Pero existe su delito.
—Su entusiasmo no era una adoración.
—Los católicos condenan ese entusiasmo; i es imprudente, hermana mía, que os encarguéis de patrocinar a un hereje, ¡vos, tan santa!

—¿I qué debo hacer, hermano mio?...
—Enviadme mañana el culpable con una carta vuestra en que diga: «El enemigo había tomado, para condenar al alma de ese católico, la forma de una Venus de mármol. He mandado destruir la estatua, i os envío al pecador para que le purifique la penitencia.»
—¿No le condenarán?
—Se le juzgará según nuestra conciencia.
—Está bien.

—Mirad, dona Maria, que es el único medio de salvar vuestro nombre de católica, que anda en bocas del vulgo.

—Descuidad, don Enrique.
—Adios, hermana mía.
—Id con Dios, hermano mio.
Así que se retiró el infante cardenal mandó llamar a dona Maria a Luisa Sigea, que era a la vez su maestra, su consejera i su amiga.

CAPÍTULO IV.

LA DELACION.

Aun conservaba dona Maria los ojos húmedos por el llanto que acababa de verter, cuando se presentó a la puerta del gabinete la poetisa de Toledo. La infanta hizo un esfuerzo para sonreír, i la mandó aproximarse. La Sigea miró a S. A. con profunda atención, reflexionó rápidamente acerca de los hechos que hubieran podido afligirla, i esperó a que hablara.

—¿Adivinas, Luisa, la causa de mi aflicción? la preguntó dona Maria.
—Solo una puede haber, señora, que reduzca a tal estado el ánimo de V. A.

—¿Cuál es?
—Una nueva boda.
—¿Quién te ha dado la ciencia, exclamó la infanta tomando por la mano a la escritora i sentándola a su lado, de adivinar lo que pasa en mi alma?

—Mi amor a V. A.
—¿No sabías nada?
—No, señora.
—El obispo de Agdas ha venido a pedir mi mano para el heredero del trono de Castilla. ¿Qué idea tienes de don Felipe?
—Es hijo de un héroe i de la inquisición. Heredará los laureles de su padre para quemarlos en la hoguera de su madre.

—Es un príncipe piadoso.
—Tan piadoso, que abracará a los reinos con su piedad.

—Todos le aman.
—Y todos le temen.
—El emperador piensa abdicar en él.
—Triste será aquel día para los pueblos!
—¿No te place verme reina de España?
—Señora, para servirlos de rodillas, me es lo mismo que V. A. sea reina de España o infanta de Portugal.
—Pero cómo crees que sería mas dichosa?

—No siendo ni infanta ni reina.
—Te pesa de mi grandeza?
—Me pesa de que no os haga feliz.

—¿Feliz! yo no puedo ser nunca feliz.
—Porque teneis un título de princesa, un corazón de mujer, un ingenio de poeta i un alma de santa; porque habeis querido reunir en un palacio las cosas mas opuestas: una academia i un claustro.

—¡Ay, amo tanto la gloria, i temo tanto a la iglesia!...

—Por eso habeis encerrado a Apolo en una celda.

—Yo quisiera que los poetas tuvieran otro Dios! Yo quisiera que las musas no fueran paganas!

—Vuestra alteza se adelanta al siglo. No hai todavía poeta que se atreva a dejar su mitología, ni el mismo Luis de Camoens...
—¿Luis de Camoens!

—Mañana parte a la India.
—Dejémoslo eso. Tenemos mucho que hablar; observa si hai alguno en los corredores, i cierra bien la puerta.

Obedeció Luisa, i volvió a sentarse cerca de la infanta.
—Ya te he dicho, continuó esta en voz baja, que el obispo de Agdas ha venido a pedir mi mano.
—Sí, señora.
—El rei la ha otorgado, ¡tal vez mañana mismo tendré que partir para España! Esto al menos parece lo probable; pero, Luisa, oigo yo en mi corazón una voz que me advierte la imposibilidad de que se realicen mis bodas.

—Creo lo mismo.
—¿En qué se funda tu esperanza?
—¿En qué se funda la de V. A.?
—En una inspiración.
—La mía tambien.

—Quiero que me la expliques.
—Señora, es difícil explicar; pero hai siete predeterminados a llevar en el cielo una aureola, i ya desde la cuna espárcese su caza un misterioso resplandor. Aquellos siete mártires, aquellas inmaculadas vírgenes que en el pueblo romano caminaban al suplicio, dicen los sabios escritores, que eran desde niñas la codicia del emperador. Halagos, amenazas, dádvas i castigos se empleaban para corromper su virtud; pero todo era inútil. Los mismos enemigos se convertían al acercarse a ellas. Los mismos verdugos temblaban.

Hai una ciudad en España, cerca de Portugal, llena de magníficas ruinas; donde Eulalia sufrió el martirio del fuego. La víspera

de la ejecución se emplearon horribles medios para quitarla su castidad, i hacer que muriese impura. ¿Quién la salvó, señora? ¿Quién evitó que fuera de un hombre? El ángel que desposa a las vírgenes con Dios. Ese espíritu invisible cuyo escudo de fuego abraza al que se acerca a las que están bajo su custodia. ¡Ah, dona Maria! Esa luz que despiden vuestros ojos; esa inocencia que deslumbra en vuestra frente; esa belleza inmaterial que embelesa a los hombres sin enamorarlos, es el sello que habeis traído al mundo, para que se os pueda decir «nunca seréis de un hombre.»

Yo, señora, que aborrezco los abusos de la iglesia; yo que lamento el fatal error que conduce a aquellas nacidas para madres de familia a encerrarse en un claustro, soi, no obstante, justa para apreciar el principio de sabiduría que guió a los fundadores de los conventos.

Hai, princesa, una raza de mujeres, fecundas de alma, estériles de cuerpo, cuya producciones un canto, una oración, una poesía, un perfume como el de aquellas flores que no dan semilla. No pidámos a estas mujeres amor para un esposo, porque solo darán un suspiro, una lágrima, i huirán. No las pidámos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado a luz las otras mujeres. No las pidámos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes.

A esa raza, señora, pertenecéis vos. El temor que os ha espantado siempre al enlazaros a un hombre, es el instinto de conservación que Dios ha dado a vuestra espiritualidad. Ser impalpable, venido al mundo solo para adorar a Dios, i dar tiempo de castidad sublime vos, dona Maria, debeis volver al cielo sin haber tocado a la tierra sino con la punta de vuestros pies. Dejad, señora, que los reyes se afanen por disponer de vuestra suerte; vos moriréis virgen i santa en un monasterio, i cuando el vulgo de varones descreídos quiera disculpar sus desórdenes, calumniando nuestro sexo, «mentis, le tirá la historia; si habeis olvidado a las mujeres del pueblo antiguo, bien podeis recordar a las de nuestro pueblo: aquella es la tumba de una princesa santa: allí yace dona Maria.»

Cesó de hablar la Sigea, i aun conservaba la mano levantada en actitud de señalar a una tumba.

Dona Maria estaba conmovida i absorta.
—¡Gracias! exclamó, gracias, amiga mía; me vuelves el valor i el entusiasmo con tus palabras. ¡Oh, pluguiese al cielo que allí en el sitio donde tú señalas se abriese para mi una tumba esta misma noche!

Debilidad, señora, replicó la Sigea con energía, debilidad de mujer, indigna de la heroína a quien alabo, es la que os conduce a desear que se abra presto esa tumba. ¿Qué maravilla fuera subir al cielo con la bendita palma a los veinte años de edad, dona Maria? ¿Creéis que ya están sufridos todos los combates, todos los infortunios, todas las injusticias de los hombres? ¿Creéis que a los veinte años estais acrisolada porque os han desposado con media docena de príncipes a quienes no habeis conocido siquiera? ¿Por qué habeis presidido una academia de doctores? ¿Por qué habeis pensado en fundar una casa piadosa? ¡Dios mío! ¿habríais colocado en su alma tanta ternura, tanta pureza, tanta resignación, tanto saber, para que muriese a los veinte años, inutilizando esas preciosas dotes? No, no: os faltan, señora, las pasiones i las calumnias.

Es preciso que ameis a un hombre: que este hombre no pueda ser vuestro; que luché vuestro espíritu con vuestro corazón; vuestros deseos con vuestro deber; que perdais en la lucha vuestra salud i vuestra belleza; que tras largas horas de terribles insomnios, de lágrimas ardientes, de dolorosos gemidos, triunfeis al fin de vos misma; i que despues de este sacrificio, cuando vayais a cantar el himno de victoria, os calumnien los hombres.

—¡Ay! exclamó dona Maria estremeciéndose. ¡Yo nunca tendria fuerzas para sufrir tanto!

—Sí, señora, las teneis hasta para el martirio...

—Luisa, te digo que necesitaba esta noche hablarte... confiarte mis secretos...

—Ya escuchó, señora.
—¿Crés tú que a nadie amo?
—Creo que habeis empezado a amar a uno...

—¡Silencio!
—Ya calló...
—Dime al oído su nombre.
Acercóse la Sigea al oído de la infanta, i pronunció un nombre que la hizo palidecer.
—¿Quién te lo ha dicho? exclamó sobresaltada.

los cuales los pueblos han recibido ideas m...

impensa estrella. En algunos meses con...

feneció el cálculo de sir John Herschel (O...

Esto era en 1853; ahora pasan de cincuenta...

quizar al género humano, es que, entre los...

Los planetas mismos de estos soles lejanos d...

FOLLETTIN.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA

CAROLINA CORONADO.

(Continuación.)

—Mi corazón, señora.
—Bien, Luisa, toma la pluma y escribe.
«Al señor inquisidor general.»
—Ya está, señora.
—«El enemigo había tomado la forma de una Venus de mármol para perder el alma de este católico. He mandado destruir la Venus, i envío al tribunal....»
—Señora, ¿vais a denunciar al mismo a quien amas?
—Es un deber.
—Os engañais, señora: vuestro deber no es el perder a un inocente....
—¡Luisa!....
—Y yo no escribiré esa delación.
—¿Te niegas a escribir en nombre de la infanta dona Maria de Portugal?
—¡Me niego a delatar a un español, porque soy española, i.... porque le amo!
—Basta, replicó dona Maria con dignidad. Yo misma escribiré la carta. Retírate.

CAPÍTULO V.

CAMOENS.

Alguno habrá leído la historia de Luis da Camoens: de ese poeta generoso i desgraciado, como Cervantes, de ese valiente guerrero que perdió un ojo en Africa, como Cervantes perdió un brazo en Lepanto, i a quien los portugueses, raza de ingratos, tan ingratos casi como nosotros, dejaron morir en la miseria, para darle después de muerto el irónico título de *príncipe*!

Portugal, desheredado por Apolo, no tenía mas poetas antiguos que los anónimos del romancero, ni mas poetas contemporáneos en el siglo XVI que un español que escribía en portugués, i un portugués que escribía en español, esto es: Jorge Montemayor i don Francisco Saa de Miranda.

El primero gozaba de grande celebridad,

mas por el ruido que hacían sus galantes aventuras, que por el de sus lánguidos versos; i el segundo, debía toda su reputación a la candidez de sus églogas. Los portugueses azaban con locura la poesia pastoril, i don Francisco llamaba *Zagaleia* a la misma reina dona Catalina, la princesa mas digna de la corte de Carlos V., i llamaba zagal al mismo rei don Juan III, el mas pulido de todos los reyes portugueses, i tambien el que habia llevado gorgueras mas altas i encaunadas.

¡Cielo santo, convertirse en zagales i danzar sobre el *mullido césped* cuando Carlos V no dejaba crecer la yerba de los campos bajo el cideado casco de sus caballos de batalla! ¡Deleitarse con el *flabel sonido del rabel* i de la flauta, cuando sus cañones atronaban las selvas; dormir *cabe el arroyuelo de blando murmullo* cuando estaba corriendo a torrentes la sangre europea, i recojerse en fin al *pacífico hogar* de la choza cuando la *inquisicion* estaba encendiendo sus hogueras con huesos humanos! ¡Justo Dios, escribir una égloga de *Nemoroso* donde *Salicio* invita a *Blas* a que cante los *desdenes* de una *sonada pastora* (1), que se había de llamar *Dafne*, cuando Hernán Cortés conquistaba el mundo que había descubierto Colon; cuando los esforzados portugueses estaban peleando en Africa i en la India, i querían llamarse poeta, solo le acontece un clasico como don Francisco Saa de Miranda!

Por eso nació Camoens: porque el siglo necesitaba una epopeya; porque los grandes acontecimientos i los grandes poetas se producen al mismo tiempo; porque de nada servirían los héroes si no hubiese quien cantase sus proezas. Camoens había nacido para cantar la Luisiada. Pero por lo mismo que era un poeta de primer orden, no halló gracia con los cortesanos. Los cortesanos no protejian sino a los que valian muy poco; proteger a los que valian mucho, hubiera sido una torpeza. Por lo que hace al rei don Juan III creía de buena fé que don Francisco era un gran poeta, i Camoens un aprendiz suyo.

Preciso es confesar que las damas ilustradas de entonces, al frente de las cuales se hallaba la infanta dona Maria, alivianaron mejor que el rei el mérito de Camoens, i se apresuraron a distinguirlo, de manera que

(1) Elogio de Saa de Miranda.

esejó bien pronto la rivalidad de todos los caballeros, i particularmente de aquellos que habían sido desairados por Catalina de Altai-de, la venturosa dama a quien Camoens amó como Dante a Beatriz.

Era Catalina de Altai-de sobrina del gran conde de Castanheira, poderoso valido de don Juan, i uno de los que persiguieron con mas encono a Camoens. Por el estuvo desterrado en *Rivalejo* cuando apenas tenía diez i seis años; por el se vió precisado a huir dos veces a la India; i a él alude cuando se queja en aquellos tristes versos:

D'un inimigo crú, jurado, injusto,
que jamais eu offendi, jamais!....

Su única ofensa fué el amar a su sobrina, cuya memoria sustentó el fuego de su ingenio hasta despues de muerte la dama a quien decia:

E vos, o vida minha, pois curar-me
ja nao poleis, deixae-me juntamente,
porque lembranças taes possam deixar-me!

Fatigado Camoens de las intrigas i de las palamangas que todos los días se levantaban contra él, resolvió partir al día siguiente de esta noche en que le hemos visto despedirse de los literatos en la academia de dona Maria.

Pero cuando salió de palacio empezaba en el mar una de las borrascas mas espantosas de que hai noticia en los fastos marítimos. El viento hacia retremblar los vidrios de las ventanas, i se oía como un terremoto el sordo murir de las olas. El profeta de las aves, el alcañ, pasaba dando penetrantes alaridos, i a su voz, multitud de águilas apudían desde la playa a guarecerse en las torres. Mas, no obstante lo intempestivo de la hora, lo desapacible del viento, lo medroso de las sombras i el diluvio que amenazaba, una joven permanecía bajo los árboles del jardín de palacio escuchando con ansiedad todos los ruidos que venían de la parte exterior de la verja.

—¡Dios mío! exclamó la dama oyendo tropezar una espada contra el hierro.

—No temas, vida mia, respondió Camoens saltando por la verja hacia el jardín.

—¡Ay! Camoens, ¡qué terrible noche!

—¡Magnífico! vengo de la playa. El mar se ha convertido en altas sierras; parece que la máquina del mundo se va a deshacer en

tempestades. Lucha el Bóreas con el Noto, i rompe las cóncavas velas de los buques, de manera que es imposible navegar. Ambos polos están estremecidos con los rayos que fabrica Vulcano, para que los vibre sobre nosotros el fiero Tonante.... mañana no saldrá la flota.

—¡Ah! ¿por qué te vas a la India?

—¿Porqué me voy? porque tengo un enemigo que ha jurado mi perdición! porque es un poderoso valido, i yo soy pobre i no puedo luchar con él....! ¡Qué he de hacer a tu lado mientras sea dueng de tus acciones ese que tu llamas deudo! No puedo ni cruzar la calle, porque a todas horas me precupran sirvientes suyos que fuyéndose mis rivales me estorban el paso i cada noche tengo una ríña. Poco me importa acuchillarme si no fuera por el escándalo que causan esas cuchilladas, cuyo origen averiguan los ociosos i pueden exponer su fama. ¡Que me llamen cobarde; pero que no murmuren de ti!

—¿Y qué murmuran de mí?

—Pues si hubieran murmurado, Catalina ¿tendrian ya lengua?... ¡Estupidos! prosiguió el poeta con una risa amarga: tienen riqueza i poder, i me aborrecen porque no consagro mi musa a elojiar sus nombres! ¡qué les he pedido yo para que quieran hacerm tributarios de su vanidad?

—Ay, no te irrites!

—Si, me irrito justamente: porque no puedo castigar sus injurias; porque los busco i se esconden; porque los desafío i me envían a sus esclavos; porque dicen que son nobles i son....

—Silencio, Camoens, silencio!

—¡Oh! ellos han amargado para siempre mi juventud; ellos han hecho brotar el odio donde germinaba la amistad.... ¡Ay, cuánto he sufrido!

Camoens apoyó el brazo contra la verja, inclinó la cabeza sobre el pecho, i se entregó a una de las grandes preocupaciones que le asaltaban siempre que estaba cerca de Catalina. Esta quiso consolarle; pero la rechagó. Las heridas que los cortesanos habían hecho en su alma se exasperaban en presencia de su amado. Por mas que Catalina lo recibía siempre con la misma ternura, Camoens se revestía de un tono altivo i harto duro, temiéndolo parecer humillado.

Los epítetos de *copista* i de *pobrete* estaban resonando continuamente en sus oídos, i le

devoraba el deseo de vengarse conquistando gloria i riquezas.

—No me amas! exclamó Catalina rompiendo en llanto.

A este acento, a estas lágrimas, Camoens se estremeció como si hubieran sacudido todos sus nervios a la vez. Puso su mano en la frente de Catalina, para hacerla levantar la cabeza i ver sus lágrimas; pero como la oscuridad no le permitía, golpeó con su planta el suelo i gritó:

—¡Dios de las tormentas, mandadme luz, aunque sea la del rayo!

Poco tardó en dirse en las nubes su loca invocación, porque dos o tres relámpagos seguidos vinieron a iluminar el rostro de Catalina.

—¡Oh! exclamó el poeta, ¡qué hermosa eres! No flores mas, continuo exaltándose por grados; no flores, porque te arrebataré conmigo i te espondré a los peligros del mar i te llevaré a la India. No flores, porque tus lágrimas me queman el corazón i no puedo sufrirme a mí mismo!....

A decir esto se oyó en el jardín hacia el lado de la fuente donde estaba la Venus un ruido que no parecía el del viento sino el de una piedra que rodase. Catalina, espantada se asió del brazo del caballero, i este la llevo tras sí hasta un árbol, donde quedó encubierta por un lado con el tronco, i por el otro con su persona.

El ruido cesó, i Catalina se despidió de Camoens; pero este no quiso dejarla que atravessara sola la calle de árboles, i la fué acompañando hasta la fuente.

Un momento no mas: detente aquí, dijo Camoens. Aquí me dististe que me amaras, i mas allá, junto a aquel sauce, besó yo el manto que cubria la mitad de tu rostro.... ¡Ah! ¡dame otra recuerdo! ¡permíteme que besé tu mano!

La dama consintió, i Camoens se retiraba embriagado de dicha, cuando una luz vivísima iluminó de pronto el jardín.

El conde de Castanheira precedido de pajes que llevaban hachas encendidas, se aproximó al poeta i le intimó con voz terrible que huyese del jardín; Catalina se echó a los pies del conde, quien la condujo silenciosamente a su departamento, donde empezó a reconvenirle con acritud i violencia.

—¡Senor! exclamó Catalina; traspasadme el corazón con vuestra espada, pero no me mandéis olvidar.

—¿Qué esperas, desgraciada? replicó el conde; ¿qué esperas de él sino pobreza e infamio!

—Señor, ¡le amo!

Cuando consideramos la abnegación de algunas mujeres para amar a ciertos poetas, como Laura aceptando el amor del Petrarca con mengua acaso de su claro honor; a Eleonora arrojando el enojo del de Ferrara por consolar al Tasso, i a Catalina de Altai-de sufriendo todos los rigores de la mala suerte de Camoens, estamos a punto de creer que estas mujeres han traído al mundo la misión de amar a esos poetas para sostener su aliento i hacerles mas suave el áspero i difícil camino de la gloria.

Pero el conde de Castanheira está muy lejos de pensar como nosotros que su sobrina había nacido para inspirar a Camoens, i si lo pensaba, daba tan poca importancia a sus inspiraciones, que de buen grado hubiera quemado todos sus versos. Léjos de enternecerse con la última palabra de Catalina, señor, ¡le amo! la abrumó con duras reconvecciones, i salió, cerrando tras sí la puerta.

Camoens, entretanto volvió a saltar la verja del jardín i se halló frente a frente con un emboldado que acababa tambien de saltarla.

—¡Vive el cielo, gritó Camoens, que habéis saltado la verja!

—Si, replicó indolentemente el desconocido, lo mismo que vos.

—¿Qué motivo os ha obligado a ello?

—¿Y a vos?

—¡Responded antes de preguntar!

—No preguntéis lo que no quiero decir.

—Pues si no queréis responder con la lengua, responded con la espada!

—La hubierais interrogado primero, i ahorráramos las palabras.

Desembozose el desconocido, i dejó caer en el suelo un objeto pesado que no podía distinguirse con la oscuridad.

Retirémonos algo mas lejos del jardín, dijo Camoens.

No puedo separarme de este sitio, replicó su adversario, porque tengo aquí un objeto precioso.

—Pues defendeos!

—Defendeos vos!

(Continuará.)

...a toda la arena, el polvo de los desier-

Las espadas de los dos comenzaron entre las sombras a chocarse sin herir el cuerpo de ninguno, hasta que Camoens, aprovechando la luz de un relámpago, la clavó en el pecho del desconocido, haciendo estallar la punta al retirarla.

Resonó un gemido i un golpe de cuerpo que se desplomó, i Camoens, persuadido de que lo había muerto i de que era un servidor del conde, que, como otros tantos, fué enviado a provocar, guardó tranquilamente la espada rota, dió la vuelta alrededor de los jardines, i desapareció por las calles de Lisboa.

Los pajes del conde habían seguido por orden de este al atrevido amante, cuando se disponía a salir del jardín i oyendo del lado de allá de la verja, quejidos dolorosos la saltó uno de ellos, mientras los otros alumbra- ban, i vio a un caballero tendido junto a la cabeza de una estatua de mármol salpicada con la sangre que brotaba de su pecho.

El caballero era muy joven i estaba vestido de terciopelo negro.

Mientras que en el palacio se daba cuenta del suceso ocurrido, i se trasladaba el herido a su aposento, el conde de Castanheira hizo firmar al rei una orden de prision contra Luis de Camoens.

CAPÍTULO VI.

LA DAMA INCOGNITA.

Al siguiente día, cuando el sol no había llegado aún a la mitad del cielo, se presentó en la antecámara de Luisa Sigea una dama cubierta con un manto. Era de mediana estatura, delgada, alrosa, i dejaba asomar bajo el traje negro la tercera parte de un pie que no parecía de portuguesa (aunque lo era) sino de española i del mediodía de España, a juzgar por sus cortas dimensiones. Esta dama lloraba mientras decía al paje que anunciase su visita a la maestra de latín de S. A., i cuando el paje la preguntó que a quien anunciara, se quedó pensativa i luego respondió vivamente.

—A una dama incógnita.

Luisa estaba escribiendo una carta a Juan Meurcio, familiar del santo oficio, en que le rogaba que en nombre de la antigua amistad que le unía a su familia, se dignase venir a verla, porque tenía que hablarle. Disgustóse

de la interrupción, pero no obstante recibió a la dama.

Entró ésta, i empezó sin descubrirse a pedirle disculpas con una voz ahogada por el llanto.

—Señora, dijo Luisa conmovida; sentaos i reponeros de vuestra agitación. Creo que sufris mucho i me causa rubor el que aun sufriendo tanto no os creais dispensada conmigo de tanta ceremonia.

—¡Gracias! replicó la dama... sois tan buena como yo había presumido, i esto me consuela desde luego. Vos lo podeis todo. Vos tenéis con la infanta con la reina, con el rei un gran favor. Vos conseguireis su libertad.

—¿La libertad de quién, señora?

—El le hirió, prosiguió la incógnita tras tornada, porque creyó que estaba apostado para sorprenderlo...

—¿De quién hablais?

—Pero le advierto que se defenderá... ¡ha sido un duelo... un duelo, como lo tiene todos los días, sin que por eso se le envíe a la prision... ¡Ah! ¡ojala hubiera ya partido; aunque yo no volviese a verte jamás!... Aunque me olvidase en la India... Aunque...

—Pero, señora, ¿quién ha sido apasionado? ¿quién ha tenido un duelo?... ¿quién ha de partir?...

—¡Creis, continuó la dama mas exaltada todavía, que él había de asesinar a un caballero! El espejo del honor; él, que para vencer a todos los hombres uno por uno, no necesita de ventaja, porque con armas iguales al primer choque se rinden a sus pies, creéis...

—Yo no creo nada, interrumpió Luisa impaciente, sino que estais delirando, señora; que habeis perdido la razon, i que no podemos entendernos.

A estas palabras se repuso la incógnita; apartó de su rostro el manto, i dijo con dignidad:

—¿Me conocéis?

—Luis de Camoens está preso! exclamó la Sigea al reconocerla.

—¡Yo, sola vos, señora, podeis conseguir su libertad.

—Estais en un error.

—No, señora; sé que si pedis al rei esta gracia os la concederá.

—Yo, hermosa Catalina, no he pedido nunca gracias al rei.

—Por eso no os puede negar la primera que le pedis.

—Es que ignoro si debo pedirle la primera.

—Señora, dijo Catalina; me respondeis así porque no habeis comprendido todo el valor del beneficio que vais a hacer; porque no os he contado mis desdichas... Oidme, señora, oidme i tendréis lástima de mí. ¡Vos no sabeis sino que amo, i esto os ha de enternecer!... La primera vez que vi a Luis de Camoens...

—No os molesteis, la interrumpió sonriendo la Sigea; todo lo sé, porque todo lo advino. Sé que le amais hace muchos años como una verdadera heroína. Sé que el conde ha combatido esa pasión. Sé que habeis desafiado ser duquesa por no ser infiel a estos amores...

—Sí, pero no es eso todo; es, señora, que ya no temo a mis deudos ni a la fama desde que está prisionero; es que voi a arrojarle a los pies del rei con escándalo de la corte; es que voi a perderme sin que logre salvarlo, i es que despues de todo voi a traspasarle el corazon...

Detuvose Catalina, espantada de lo mismo que acababa de decir, i bajó los ojos confusa al ver la mirada severa de Luisa.

—Doncella, la dió con firmeza; habeis dicho demasiado, i es una fortuna para vos que sola yo os haya oído. Una dama ilustre no puede dar escándalo, i vos no lo dareis. Ante las gradas del trono ha de arrodillarse una dama honrada, para pedir gracia por su hermano, por su padre, por su marido; pero no por su amante, aunque sea Luis de Camoens. En cuanto a la amenaza de que os traspasareis el corazon, no me inquieta. Confo siempre en que la vehemencia del dolor que desgarró ese corazon noble i desgraciado bastará a hacerlos, morir en silencio, si no se salva vuestro amante, sin que hayais menester de punales, que solo conviene usar a las trájicas comendantes.

—¡Dios mío! exclamó Catalina desesperada i prorrumpiendo en sollozos. ¡Vos tambien me rechasais? ¡Ah, señora, vos no habeis amado, vos no sabeis cómo se puede olvidar el mundo entero por salvar la vida de aquel por quien vivimos! ¡Qué me importa el trono mismo cuando él está prisionero, cargado de cadenas?... ¡Oh, cadenas en aquella mano donde la pluma tomaba el alto vuelo que ha remontado su nombre! ¡Cadenas en aquellos llamano donde su acero vibraba los rayos que le han hecho temible!...

—¡Dios mío! exclamó Catalina desesperada i prorrumpiendo en sollozos. ¡Vos tambien me rechasais? ¡Ah, señora, vos no habeis amado, vos no sabeis cómo se puede olvidar el mundo entero por salvar la vida de aquel por quien vivimos! ¡Qué me importa el trono mismo cuando él está prisionero, cargado de cadenas?... ¡Oh, cadenas en aquella mano donde la pluma tomaba el alto vuelo que ha remontado su nombre! ¡Cadenas en aquellos llamano donde su acero vibraba los rayos que le han hecho temible!...

—No, señora; sé que si pedis al rei esta gracia os la concederá.

—Yo, hermosa Catalina, no he pedido nunca gracias al rei.

—Por eso no os puede negar la primera que le pedis.

—Sí, joven, vuestra pena es justa; yo sien-

to a par de vos este desgraciado suceso. Amo a Luis de Camoens como la hermana a su hermano... explicadme cómo ha sucedido eso.

—El había ido a despedirse de mí... al jardín, señora... el conde nos sorprendió... él volvió a saltar la verja... i vió a otro que la saltaba al mismo tiempo... creyó que lo perseguían, o que era un villano oculto en el jardín con algun fin siniestro, le obligó a que se defendiese, rieron, i él, como siempre, venció. Ya veis, señora, que él hizo bien porque era servil al rei defender el jardín de palacio...

—Sonrióse Luisa, i Catalina se animó a continuar.

—Esponiendo al rei los hechos de este modo, señora, como S. M. es tan bueno, tan justo, revocará la orden i le dejará partir para la India. Ya veis que no es el egoismo el que me mueve a pedir por él, porque voi a perderle para siempre; para siempre, señora; voi a ser muy desgraciada, i solo quiero que él sea libre i feliz... ¡Ah, respondedme! ¿lo conseguireis?

—No, joven, es imposible.

A esta última negativa, Catalina se quedó tan desalentada, que estuvo muda por algunos instantes.

—¡Ah! dijo luego con amargura; sois una dama bien cruel. Yo, si vos con lágrimas me hubierais pedido la gracia que os pido, tambien con lágrimas se la hubiera pedido al rei; pero vos, señora, que habeis estudiado en los libros todos los idiomas, no entendéis el del amor. Vos sois una mujer sabia; pero no una mujer amante, i no podeis comprenderme; porque el estudio ha cesado vuestras entrañas.

Dicho esto, se levantó Catalina, i Luisa la siguió sin responder palabra. Al llegar a la puerta, volvió la cabeza llamada de Camoens para lanzar una mirada de postrera súplica a la doctora; pero ésta la recibió impávida, i Catalina marchó sin un rayo de consuelo. Pero no bien había salido, cuando Luisa llamó a su dama i la pidió el manto.

Diez minutos despues estaba en el gabinete de la reina, a quien hemos dicho que llamaba *Zagaleja* don Francisco Sna de Miranda, con aplauso de todos los sabios del reino.

No obstante, nada había mas diferente de una zagala que la nieta de Isabel la Católica. Hermosa, pero de una hermosura grave i digna, recordaba a la vez la fisonomía severa de la noble matrona castellana i los rasgos

altivos del emperador Maximiano I. Verdad es que en este rostro soberbio brillaba una rafaga de suave luz, que unas veces parecía producida por las miradas, i otras veces por la sonrisa. Porque, aunque juzguen atrevida la idea, no dudamos en asegurar que la sonrisa en quella hermosa reina tenía algo de luminosa. Pero no inspiraba, en fin, por sus rasgos, por su carácter i por su edad, que avanzaba al medio siglo, sino admiración i respeto a todos los portugueses; menos al buen poeta clásico don Francisco, autor de la *éloga de Nemoroso*.

—¿Qué quereis, hija mía, preguntó S. M. a la Sigea dándole a besar su mano.

—Necesito ver al rei, señora, para pedirle una gracia.

—¿Tu pedirle una gracia? ¡I por qué, hija mía, ha de ser don Juan el preferido? ¿Por qué no me pides a mí alguna?

—Señora, porque V. M. sin pedirselas me las concede todos los días. En este momento, señora, está derramando gracias la Preciosa boca de V. M.

—¡Oh, qué adolorada! exclamó la reina apartando su mano de entre las manos de Luisa. Estoy por intrigar con el rei para que no te conceda la gracia que vas a solicitar. En este caso, señora, sería mártir por haber confesado la verdad, i no me arrepentiría.

—En fin, te perdono, prosiguió la reina, porque eres una poetisa, i los poetas están obligados a mentir siempre. Verás al rei hoy mismo.

CAPÍTULO VII.

LA BONDAD DEL REI DON JUAN.

El gabinete particular del rei tenía vistas a la playa, don Juan gustaba mucho de ver entrar i salir los buques, i exclamaba con frecuencia:

—¡Qué lástima que yo sea rei; hubiera sido un gran marino!

Pero S. M. se engañaba. Era mas fácil ser rei, como S. M. lo era, que ser gran marino, como lo fué Gana. Para ser rei no había necesitado don Juan III sino nacer. Para ser gran marino necesitó Gana estudiar. No obstante, los cortesanos le aseguraban que S. M. hubiera sido tan gran marino como gran rei, i esta sutiliza lo conciliaba todo.

Estaba don Juan contemplando los buques desbarbolados que se alcanzaban a distinguir

en bahía, i tan absorto se hallaba, que no oyó la voz que anunciaba a Luisa Sigea.

Entró la maestra de latín, i el rei continuó de espaldas algunos instantes. Pero cuando volvió la cabeza se sorprendió mucho de su propia distracción, i dijo riendo:

—No te he sentido entrar. Estaba mirando los destrozos que la borrasca hizo anoche. Yo hubiera sido un regular marino... ¿qué te parece?

—Que es mejor que V. M. sea rei.

—No te agradezco esa respuesta. Siendo marino pudiera hacer muchas cosas notables, como Balboa, como Vasco, como Colon, pero siendo rei... a no ser que hiciera lo que Carlos V. meterme en tierras ajenas i dar batallas sin necesidad... ¿qué dices a esto?

—Señor, que la Alemania es tierra propia.

—Sí, sí; para vuestro emperador todasson tierras propias; tambien lo es Francia, tambien lo es Italia i toda la América.

—El emperador ha respetado a Francia i a Italia. En cuanto a...

—Quitándole la espada a Francisco I i desobedeciendo al Pontífice... pero dejemos estas cosas. Queremos mucho a nuestro tío, a pesar de su inquietud, i si no le imitamos es porque nos gusta la paz. La reina ha pedido para ti esta audiencia, i presumimos que tendrás algun motivo interesante.

—Sí, señor; venia a pedir a V. M. una gracia.

—Habla.

—V. M. ha firmado anoche una orden de prision.

—Hemos firmado unas cuantas.

—Pero una contra Luis de Camoens.

—¿Luis de Camoens?... ¿Luis de Camoens? ...me parece que sí. ¿No es ese muchacho que hace versos?

—Sí, señor; que hace versos.

—Pues sí, la hemos firmado. Es un pendenciero. Anoche le dió de estocadas a otro.

—¿Han informado a V. M. del motivo?

—No, no hemos preguntado.

—Señor, Luis de Camoens vió saltar la verja del jardín de palacio a un embudo. Quiso conocerlo por respeto a SS. MM. El desconocido se negó a revelar sus designios; Camoens le obligó a que se defendiese, rieron, i Camoens le hirió. La hora, el misterio i la obstinación del desconocido prueban que sus designios eran malos; i Camoens, al exponer su vida, ha hecho al trono un servicio, que no merece ser castigado con la prision,

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL DE

Doña Carolina Coronado.

(Continuación.)

—Es verdad. No nos habían dicho nada de eso.

—V. M. puede informarse, i ver que es cierto lo que le cuento.

—No; te creemos.

—Considere V. M. que castigando a los que defienden los jardines, se asegura la impunidad a los osados, i que si una vez consigue un malhechor burlar la vigilancia de los guardas, ningún caballero se atreverá en adelante...

—Eso es indudable, i no queremos semejante cosa. Esa verja se salta fácilmente, i la habitación de la reina cae para el jardín... Ahora mismo vamos a dar una orden para que sean condenados a pena de muerte los que se atrevan a saltar la verja.

Inocentemente acababa de escitar Luis Sigea la fibra mas delicada de don Juan: los celos. Desde aquellas calumnias que se levantaron contra la reina, i que apesar de haberse desvanecido dejaron una impresion dolorosa en el corazón del rei, el menor incidente les sobresaltaba. Figúrese en estos instantes que acaso el herido era un galán rondador, como el principe de quien tuvo tan grandes sospechas, i se ofuscó su mente con mil pensamientos sombríos.

—Señor, dijo Luis, yo no he venido a escitar en el alma de V. M. el enojo, sino a mover su piedad, i dando una orden tan rigurosa se agravaria la pena del delincuente sin derimar la del desgraciado. Dignese V. M. absolver a Luis de Camoens, permitiéndole que marche en la flota donde está ya agregado para la expedición a la India.

—El caso es, dijo el rei reflexionando, que le han tomado manía a ese muchacho. Dícen todos que es un tontuelo, presumido. A mí, la verdad, sus versos no me parecen gran cosa. ...¿qué opinas tú que eres buena poetisa? ...¡eh!

—Señor, dentro de tres siglos, cuando mi nombre i el de todos los poetas que escriben

églogas en Portugal yazan sepultados bajo el polvo de nuestros sepulcros, se copiarán unos versos en todos los idiomas para admiración de todas las naciones, i esos versos serán los de Luis de Camoens.

El rei miró atónito a la Sigea, i luego dijo haciendo una mueca que indicaba haber ya comprendido la razon de aquellos elojios inauditos.

—Vamos: está bien. Esa fraternidad no es mala. Harémos poner en libertad a ese jóven, sea lo que quiera, i que se vaya a la India i vuelva rico. Si se porta bien, empenamos nuestra palabra real de premiarle. Pero créeme, hija mía, aconséjale que se dedique a las armas i abandone las letras. A ti puede parecerte bien lo que escribe: no lo extraño; pero Miranda, que es imparcial, piensa de diferente modo.

—La Sigea se sonrió, i no queriendo contradecir al rei, bajó la cabeza afectando hallarse confusa.

Don Juan escribió luego dos lineas en un pliego, i lo entregó a la Sigea.

—Señor, respondió arrodillándose: ¡gracias, mil gracias!

—Basta, basta, hija mía, replicó don Juan enterpecido. ¡Dios te haga dichosa!

Los azules ojos del monarca se humedecieron brillando con una dulzura maternal. La feliz Lusitania no ha conocido jamás a los reyes tiranos. Los que no sabían ni conquistadores, han sido, cuando menos, reyes benéficos. El hijo de don Manuel el Grande, abuelo del valiente don Sebastian, no fué ni grande ni valiente; pero fué bueno.

Apenas habia salido la Sigea de la habitación del rei, cuando entró su favorito el conde Castanheira, don Juan le temia como temen todos los hombres pacíficos aunque sean reyes, a los de carácter iracundo, aunque sean vasallos, i lo mismo fué verlo entrar que finjó hallarse muy disgustado.

—Buenos dias, conde, le dijo sin levantar la cabeza i haciendo pedacitos un papel.

—Téngalos muy felices V. M.

—Acaba de pasar una escena que me tiene todavía conmovido.

—V. M. es demasiado sensible.

—No lo creais; a ti tambien te hubiera conmovido.

—Si place a V. M. que me conmueva, me pondré perlatico sin que me la cuente; pero aseguro a V. M., que inclusa la muerte de la condesa, nada me puede conmover.

—No sé de qué tienes el corazón.

—De carne, señor, i no de manteca.

—Se me antoja que es de hueso.

—Mejor; será mas fuerte i no estará espuesto a derretirse.

—Vamos a otra cosa. ¿Por qué te tienes manía a ese pobre Luis de Camoens?

—Yo, señor, no lo tengo manía.

—Crei que le querias mal, i me alegro de haberme engañado.

—¿Se alegra V. M.?

—Sí, porque... ya te contaré... Pero siéntate, siéntate.

Sentóse el conde, i el rei le alargó una caja de Indias llena de tabaco. Merced que el rei no concedia sino a Castanheira.

—Iba diciendo, prosiguió, que apesar de la orden que firmé, quiero que ese pobrecillo se vaya a la India i se le perdone la rina de anoche.

—V. M. quiere cosas muy imposibles...

—¿Cómo! ¿qué! exclamó el rei con altivez.

—Cosas bien imposibles, porque V. M. quiere ser justo, i quiere perdonar a Camoens.

—Es que tú no sabes lo que pasó. Camoens hirió al otro por defender el jardín, i ¡por Dios santo! que tambien pienso tomar una providencia con esto de los jardines. ¡Pena de muerte contra el que salte la verja!

—Pues pena de muerte contra Luis de Camoens que la saltó.

—¿I quién dice que Camoens la saltó?

—Yo, que le eché del jardín...

—Ah, ya! por eso su enamorada se oponia a que la lei fuera tan dura contra los que entraran en el jardín...

—¿Su enamorada?

—Es claro; ha venido aquí muy alijida a pedirme su perdón...

—Señor, pensad en lo que decís. ¿Ella ha venido a solicitar el perdón de Camoens?

—¿Qué tiene eso de molo, conde?

—Señor, le costaria la vida!

—¡Calla! ¡calla! ¿Pues qué tienes que ver con ella?

—Soy su tío, i su tutor,

—¿Su tío! ¡su tutor!... nada me habia dicho la reina de este parentesco, ni de esta tutoria.

—Es posible que siendo dama de palacio no lo supiera V. M.!

—Sí, yo sabia que tenias una sobrina dama de palacio; pero creia conocerla. Ni me figuraba que tuviera un nombre tan famoso.

—Señor, en mi familia no hai sino apellidos famosos. Por eso miro tanto por la honra de ella, i haré pagar su indiscrecion...

—De ninguna manera. Te prohibo castigar a esa pobre jóven.

—¿Pero me permitirá V. M. que le preguntes si la ha concedido la libertad de Camoens?

—Por supuesto.

—¡Cielo santo!...

—I por poco me hace llorar el exceso de su agradecimiento; añadió el rei volviendo a enterrecerse.

Castanheira guardó silencio unos instantes como ahogado por el furor, i luego dijo con tono brusco i sombrío:

—V. M. acepte la dimision de mi empleo, de mis titulos i de mis honores; porque me alejo de la corte para siempre.

—¡Jesus! exclamó el rei pálido i tembloroso. ¡Conde, qué es eso! ¡Estás loco! ¡No podemos hacer una gracia con buena intencion, i luego conocer que es un perjuicio de otro i anularla?...

—V. M. es muy dueño.

—Pues ya lo creo que puede suceder, como ha sucedido. Pero todas las cosas tienen remedio...

—Autoriceme V. M. para que ahora mismo pueda llevar a mi sobrina al real monasterio de Odivellas, i la orden no se cumplirá.

—¡Conde! me parece eso un poco duro!... pobre muchacha!

—V. M. puede elegir entre ámbos.

—Tienes un jénio endemoniado, exclamó el rei con enojo, i vive el cielo, qué eso no lo hemos de sufrir. Vamos a ceder ahora porque estamos pensando que es mejor sacar a tu sobrina de tus garras; pero está cierto que otra vez sabremos hacer nuestra voluntad.

—Mientras decia esto el rei, con la arrogancia de un niño que ha sido vencido por un hombre, i que aun pretende disculpar su debilidad, el conde habia tomado la pluma, i escribia la autorizacion que debia firmar el rei.

Una vez firmada, salió del gabinete, se dirigió a la habitación de su sobrina, i sin darle explicaciones la hizo conducir al monasterio de Odivellas.

CAPITULO VIII.

TODAVIA LAS BODAS DE LA INFANTA DOÑA MARIA.

No bien habia llegado Luisa Sigea a su

habitacion llevando en sus manos el perdón de Camoens, cuando le dieron orden de pasar al cuarto de la infanta doña Maria.

Hallóla pálida i abatida. Su tono, bien diferente del que habia empleado la vespera para despedir a la Sigea, tenia algo de doliente i de humilde.

Hizola señal de que se sentara, i apoyó la cabeza sobre la mano, como si quisiera reflexionar alguna cosa que temia decir. Por dos veces se movieron sus labios para articular una palabra, i por dos veces quedaron inmóviles; por último hizo un esfuerzo i dijo:

—La persona a quien yo he denunciado está moribunda, ¿no es verdad?

—¡Señora! exclamó Luisa espantada; ¿qué dice V. A.?

—Sí, al fin le denuncié, Luisa. Anoche escribí al inquisidor; esta mañana envié el oficio... estaba inquieta sin saber por qué; sentia como remordimientos... bajé al jardín para respirar el aire fresco, i... ¡Virgen santa!... el suelo estaba regado de sangre!... llamo a los guardias... pregunto... era la sangre de un noble caballero asesinado tras de la verja...

—¿Pero ese caballero?...

—Don Mariano Enrique.

—¡Dios mio!

—¡Ah! al saber esto corrí desatentada a encerrarme en mi gabinete, i he estado como loca hasta que me resolví a llamarte. Es preciso, Luisa, vengar a ese desgraciado. Es preciso pedir al rei el castigo del asesino. Yo que he tenido valor para denunciar a un buen caballero; yo que por un escrúpulo de la conciencia exije que le he espuesto a ser quemado vivo, yo no debo tener piedad contra su asesino, i quiero que se le castigue, i que tú misma vayas a pedir justicia al rei: justicia para un compatriota, para un español!

—¡Señora! respondió Luisa con voz sombria. Lo que ordena V. A. es imposible de conseguir: yo no puedo pedir el castigo del agresor...

—¿Luisa!

—Porque el agresor es Luis de Camoens, i acabo de alcanzar su perdón.

—¿I eres tú, mujer cruel, la que dijiste amar al español? preguntó la infanta mirando con sorpresa i con indignacion a su maestra.

—Yo, señora, la que le amo.

—Sí, continuó doña Maria con una amargazona; al amor de la filósofa, de la sabia... está herido, moribundo, i corres a los pies del rei a pedirle el perdón de su asesino porque es un poeta. ¡Miseria vanidad de la gloria que sobrepones a la justicia! Está bien: perdóne el rei al asesino; yo apelo al tribunal de Dios.

—Señora, me juzais sin oírme. Yo ignoraba quien fuese el herido por la mano de Camoens, i pedi al rei su perdón porque me lo rogó una dama, i porque Luis de Camoens necesita la vida i la libertad para gloria de vuestro reino...

—Pero ya que sabes que él es culpable...

—Iré tambien a llevarle el perdón. Señora: mi mano; rehélde para escribir la denuncia de un español, es dócil para transmitir el perdón de un portugués. Yo no obedezco a los principes cuando estos quieren perder a un inocente; pero sirvo a los reyes cuando quieren salvar a un culpado. No quise hacer daño al que amaba; pero quiero hacer bien al que me ha hecho daño.

—Dichas estas palabras con la noble firmeza de la virtud, Luisa Sigea esperó a que la infanta la despidiese para ir a llevar el perdón a Camoens; pero la infanta, con los ojos bajos i entregada a una meditacion profunda, parecia haberse olvidado de esta ceremonia.

Un largo espacio estuvo Luisa de pié hasta que doña Maria pudo acordarse de que esperaba sus órdenes, i entonces movió la cabeza para despedirla, cuando se halló frente a frente con el infante cardenal, que estaba detenido a la puerta del gabinete.

Salió Luisa, i doña Maria rec. dió a su hermano con una sonrisa graciosa.

—El obispo de Agdas, dijo el infante cardenal, vendrá antes de media hora por vuestra respuesta.

—¿Para qué, don Enrique? ¿No es el rei el que ha formado estas bodas? o mejor dicho, ¿no es el emperador el que las ha ordenado?

—Pero el sí debeis darle vos, hermana mia. El emperador debe saber que vuestro enlace es voluntario.

—¡Hipócrita política, hermano mio! no solo se dispone de la mano de los principes, sino que se les obliga a que mientan. ¡Preferible es la hoguera del santo oficio, porque al fin allí la victima puede morir diciendo la verdad: yo tengo que vivir diciendo la mentira!

rrijen con la constancia del silabeo.

—¿Quién sabe hermana mía, si amareis a don Felipe?

—Nunca; he visto su retrato. Su perfil me asusta.

—¿Es posible!..

—Hai algo de siniestro en la mirada de mi primo. Aun en la copia altera su fisonomía. ¿Qué será el original?

—Espero, dona Maria, que vuestra preocupación se desvanezca cuando le conozcáis. —Espero, don Enrique, de la protección de Dios, que no ha de llegar la hora de conocerle.

—¿Osareis rehusar?..

—Yo no rehusó nada: será como siempre, dócil; pero vereis como mis bodas se desbaratan.

—Hoi aceptáis, i mañana partís.

—Mucho confiáis en mi desgracia!

—Mucho teméis de la fortuna!

—Fortuna será que quede libre!

—Desgracia será que no os saluden reina!

—Corona de martirio!

—Corona de gloria!

—Sois ambicioso, hermano mío?

—Me predijo una hechicera que sería rei, he mana mia, i mandé quemar a la hechicera.

—¿Porque no se habia cumplido su augurio?

—Porque no se cumpliera.

—¿Pues cómo quereis que sea yo reina, temiéndolo vos?

—Porque seriais una buena reina en España, i yo un mal rei en Portugal.

—¿Lisonjero estais a fe mia!

—Os hablo injenüamente; es mui difícil ser sucesor de don Manuel el grande: su memoria hace a don Juan pequeño.

—Mas difícil es aun llevar con majestad una corona donde asombró al mundo con la suya dona Isabel la católica.

—Si, es verdad. Dona Isabel fué mui grande. A ella se debe la institucion de nuestro santotribunal.

—¡Ai! ¡Ojalá que entre tantos gloriosos hechos como tuvo su reinado no contáramos esos!..

—Justo Dios! ¿qué oigo, dona Maria? ¿vos pensais así? me engañan mis oidos?

—Horribles hogueras donde se abrazan las criaturas!..

—Silencio, silencio! ¡criaturas llamas a los herejes!

—Yo os he visto llorar, hermano mío,

chivo de la Inspección general; pero para el

cuando se ha verificado un *auto de fe* en que se quemaba a los *herejes*.

—¿Oh! porque yo tampoco soi perfecto, hermana mia; porque yo tambien soi débil algunas veces.

—Porque sois bueno; porque os horroriza como a mi aquel ruido que hacen las llamas al devorar las carnes de los infelices; porque os desagrada las entrañas ver sus jestos cuando el fuego quema sus tuétanos...

—Basta, basta: no me recordéis esas escenas. Son precisas, son justas, son para gloria de Dios... pero no las recordemos...

—Si, es preciso recordarlas; porque puede haber algun inocente a quien vos logreis salvar. ¿Qué ha sido, hermano mío, de mi denuncia contra el español?

—El tribunal os ha declarado, buena católica.

—Gracias, don Enrique... ¿pero a él?..

—Era ya necesario una prueba de estas para rehabilitaros; para que el embajador de España quedase satisfecho del celo con que los principes portugueses ayudan al santo tribunal. Cortesanos imprudentes habian comprometido vuestro nombre haciéndoos aparecer protectora de un idólatra.

—¿I han absuelto?..

—De un idólatra digno del mas severo castigo...

—¿Qué he hecho! exclamó la infanta cruzando las manos.

—Vuestro deber.

—¿I le condenareis?

El infante cardenal guardó silencio; pero harta respuesta era el censo que anuló su semblante.

—¿Le condenareis? repitió la infanta con voz trémula. ¡Ah, si así fuese, don Enrique, tendria razon para execrar al tribunal, porque él es inocente!

Una sombra todavía mas oscura cubrió el rostro del infante cardenal; miró fija i severamente a su hermana un largo espacio, luego la dijo con una voz que por la primera vez no parecia armoniosa i blanda como lo era, sino destemplada i dura.

—Vuestra razon estraviada os está haciendo preferir tan grandes desatinos, que si vos que formais la palabra sin acuerdo del odio, pudierais a vos misma oír, os morderias la lengua. Reponeros, dona Maria, i abandonad un asunto extraño, que debe seros indiferente, para ocuparos de lo que corresponde a una ilustre princesa, recordad que sois hija

que se aprende en la escuela: *teorias*, que

de don Manuel el grande. Acordados de vuestra madre la severa dona Leonor cuya entereza es ejemplo de varones. El embajador no puede ya tardar: que os halle serena.

Los lábios de la infanta temblaron con una violenta sonrisa, i una palidez siniestra cubrió sus mejillas.

—Don Eurigeno, no temais que falte a mi deber, contestó con dignidad; pero decidme, ¿qué castigo preparais al reo?

—La hoguera, señora la hoguera.

—¿Gracias! respondió la infanta haciendo todavía un esfuerzo para sonreír.

Oyóse en esto anunciar al obispo de Agdas.

Entró el prelado: dona Maria se levantó i fué a tomar su mano para besarla; pero faltó tierra a sus pies, luz a sus ojos, vida a su corazon, i cayó exánime.

CAPÍTULO IX.

EL PERDON DE CAMOENS.

El calabozo donde habian encerrado a Camoens era tan estrecho, que apenas habia espacio para que el prisionero diera tres pasos en él. Mas anchuroso fué ciertamente el que dimos nosotros a Cervantes, i este consideracion me obliga a rectificar las palabras que dije, en uno de los capítulos anteriores, acusando a los portugueses de ser tan *ingratos como nosotros*. Nosotros no somos tan ingratos, porque, aunque encarcerámos a Cervantes, no lo hicimos en un recinto de tres pasos de longitud, sino de seis u de ocho por lo ménos, donde su pensamiento podia espaciarse imaginando i escribiendo *novellitas*. Yo recuerdo que a ningún injenio ni a ningún héroe le hayamos dado jamás, calabozo tan estrecho como los portugueses a Camoens. El de frai Luis da Leon era, por cierto, una lóbrega de las mas hermosas que habia en las cárceles del Santo Tribunal, y no obstante que carecia de luz, i estaba llena de sabandijas; pero en la que si no se podia ascribir, se podia pasear. Cristóbal Colon se quejaba de la pesadez de los hierros que le pusimos, pero nunca de la estrechez de su prision, i por lo que hago a Herjan Cortés, si le parecia su estancia reducida, era porque estaba acostumbrado a los campos del Nuevo Mundo, donde jugaba con los indios a los imperios de Méjico...

Quedó, pues, completamente probado, que nosotros hemos tenido siempre para los gran-

tes diez de la mañana i terminar a las cuatro de

des hombres calabozos mas grandes que los portugueses.

Ya dije que era mezquino el que por segunda vez, a los veinte años, ocupaba el *principe de los poetas*, i no acabamos de entender cómo serian los que se destinaban a los *poetas vasallos*; porque claro está que el *principe* habia de tener el mejor, o no se llamaria *principe*.

A pesar de eso, Camoens le habia tomado carino a aquella cueva húmeda donde pululaban las arañas, i donde no resonaba jamás otro ruido que el que hacian las ratas sobre el pavimento sembrado de papeles. Le habia tomado carino, porque habia vivido en él antes de ahora, por espacio de cinco meses, merced a las intrigas de sus enemigos, i porque en él habia escrito la mayor parte de sus canciones. Pequeño como era aquel calabozo, contenia, no obstante, además de las arañas i de las ratas, cuatro o seis libros forrados en pergamino, un tintero i un jarro de agua. Sentábase Camoens en el suelo para mayor honra de las musas, colocaba delante los cuatro o seis libros, i continuaba aquella hermosa elegía que comienza:

O sulmonense, Ovidio desterrado.... (1)

a tiempo que se abrió la puerta de la cárcel, i apareció una dama.

Levantóse Camoens mudo de sorpresa, i dió, para recibir a la dama, los tres pasos que únicamente podia dar.

—Señora, la digo con galanteria; perdonad si recibo en este aposento a la mas bella de todas las poetisas. Por la primera vez recuerdo con envidia los palacios en los cuales pudiera ofreceros estancias donde las sabandijas no me disputaran el honor de recibir vuestra visita.

—Camoens, respondió la Sigea; para las almas llenas de afliccion no es el palacio mas grato que la cárcel, i si en esta hai sabandijas, en aquel hai alimanas.

—Pero vos, señora, no debeis ser la aflijida, ni esas alimanas han de volverse contra vos. Seria harlo inoportuno el destino.

—Poco importa mi bueno o mal destino, Camoens; el deber me trae aquí para daros en el vuestro el alivio que habeis menester.

—Gracias, señora, vuestra visita es en efecto el mayor alivio.

(1) Poesías de Camoens,

no puede tener

—No es mi visita, Camoens, es vuestro perdon el alivio de que os hablo.

Camoens cruzó los brazos i se encojió de hombros.

—¿Mi perdon! bueno es porque me le traeis vos, pero me es indiferente.

—¿No estimais la libertad?

—Cuando la poseo, hago uso de ella; cuando la pierdo no pugno por recobrarla; necesito ahora para dar unos cuantos reveses a unos cuantos villanos; pero como de seguro los he de dar, i los que he dado estos dias me han quitado el tiempo de escribir, aprovechaba los momentos de mi prision para hacer versos.

—Mala ocasion es esta para mí, Camoens, de alabar vuestro valor, i por eso no seré lisonjera; pero seré jenerosa i os perdonaré esos reveses.

—No os comprendo, señora.

—Ni os pese de ello. Basteis saber que estais en libertad.

—¿Oh no! necesito saber el sentido de vuestra queja.

—No daré esplicaciones.

—¿En qué he podido ofenderos? decid, decid, i con mi propia vida....

—Seria inútil. El mal está ya hecho. Heristeis a un caballero, os metieron en esta prision, i vuestra dama os ha libertado....

—¿Mi dama!

—Catalina de Attaide.

—¿Ha sido ella?

—¿Pues quién podia ser?

—¿Oh! ¡ha sido ella!

—Recibid de su mano este presente, continuó la Sigea entregándole el perdon del rey, i partid para la India donde el cielo os proteja.

—Gracias, señora, pero os juro que no partiré antes de saber la pena que os aflige, i la culpa que he tenido en ella. Yo heri a un hombre que saltaba la verja de los jardines; pero en esto no he podido ofenderos, porque era un villano como todos los que me envia el conde. Yo, cuando este me sorprendió en el jardin, debí matarle; pero Catalina se habia postrado a su planta, i aquel impio quedó convertido a mis pies en un altar. Necesito que esté lejos de Catalina para darle a él mismo las coquilladas que sus criados han recibido en comision.

—¿Es ese el uso que pensais hacer de la libertad que os dá su sobrina?

—Teneis razon, señora, tomad i devolved a su sobrina este perdon.

—No, Camoens; haceos superior al odio que os domina, i partid a donde os llama la gloria.

—Decidme ántes en qué os ofendi.

—Ya dije que os habia perdonado.

—Rechazo esa misericordia, porque no conozco mi crimen.

—Bien, adios.

—Eso no: voi a seguiros hasta que averigüe la razon de vuestra querella.

—Mañana parte la flota, i apenas teneis tiempo para hacer vuestros preparativos. No os descuidéis.

—La flota partirá sin mí, porque si en ello me fuese la fortuna la abandonaria para ocuparme en el desagravio de una dama.

—Adios, vuelvo a deciros.

—Y yo repito que os seguiré.

La Sigea salió del calabozo, i Camoens tomó precipitadamente su sombrero de ala ancha, apuntado con una pluma negra, i echó a andar tras ella, sin cuidarse de recoger los papeles esparcidos por el suelo.

Atravesó Luisa los estrechos callejones de la cárcel, i Camoens tambien. Al pasar por uno de ellos vieron a Juan Meurcio, i la Sigea le saludó; pero Camoens no le hizo caso: a pesar de esto el fraile se llegó a él, i le dijo con una sonrisa pérfida, señalando a la Sigea.

—Sea en hora buena!...

—¿Qué os importa a vos? contestó Camoens sin mirarle.

—Nada absolutamente, replicó el familiar haciendo un jesto de humilde resignacion.

—¡Ay de vos, añadió el imprudente poeta tirándole de la capucha, si osais interpretar las acciones de una dama honrada!

—Libreme Dios! repuso con una mueca hipócrita Juan Meurcio.

—Es que vos sois enemigo de esa dama, i no es la vez primera que la habeis calumniado.

—Acusadme como gustéis, jóven: mas hiel tragó Jesucristo.

—¡Profanacion es en vuestros lábios ese santo nombre! exclamó Camoens indignado.

—Hablad mas bajo, advirtió el fraile, porque si os oyen....

—¡No temo a nadie! gritó Camoens.

—Vamos, concluyó Juan Meurcio, sois un poeta, i no hai que haceros caso. Seguid a la dama, no tope con algun villano.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL DE

Doña Carolina Coronado.

(Continuación.)

—Teneis razon, los hai en Lisboa hasta bajo la cogulla.

Dejó Camoens a Juan Meurcio i aceleró el paso; pero la Sigea habia desaparecido. —Vive Dios, iba diciendo entre sí el poeta, que he de tener que arrancarle la capucha!... pero, ¿i la poetisa; dónde se ha escapado? i es preciso hallarla i la hallaré... no hai remedio... me dirijo a palacio, i suceda lo que quiera... lo malo es que pudiera toparme con el conde i, como no traigo espada, desperdiciar la ocasion de provocarle...

Así pensando llegó a palacio, subió resueltamente la escalera principal, i se dirigió al departamento de las damas sin hacer caso de los guardias que le querian estoriar el paso.

Entretanto Juan Meurcio penetró hasta el calabozo donde habia estado Camoens, con el objeto de ver si, como el poeta acostumbraba a hacerlo en todas partes, habia dejado olvidados sus papeles.

Halló en efecto un paquete i algunos pliegos esparcidos por el suelo, algunos de los cuales habian sido medio devorados por las ratas.

Echó sobre ellos Juan Meurcio una ojeada i vió que la mayor parte eran canciones amorosas. En un papel lleno de roeduras se leía por intervalos:

..... o acompanha
Nos
..... banha
..... figura
A vida
..... bem que possuia

Y en otro pedazo de papel tambien roído continuaba:

D' aqui me vou
..... erguido
..... da redea o

Depois de farto ja

—¡Oh! exclamó el fraile *depois de farto ja!*

Estos versos eran de la elegía que habia empezado a escribir durante su prision, i cuyo trozo completo decia:

(I) So sua doce musa o acompanha
Nos soidosos versos que screvia
E nos lamentos com que o campo banha.
Dest' arte me figura a phantasia
A vida com que morro, desterrado
Do bem que em outro tempo possuia.

D' aqui me vou com passo carregado
A um outeiro erguido, e ali m' assento,
Soltando toda redea o a meu cuidado,
Depois de farto ja de meu tormento

—*Depois de farto ja!* repetia Juan Meurcio con envidia, bien ajeno de creer que la *fartura* aquella fuese de *tormento*, i no poco gozoso de hallar esta ocasion para acusar al poeta interpretando sus escritos i la visita de Luisa Sigea.

Porque hai en todas las cortes hombres que viven de calumniar; *calumniadores de oficio*, como el verdugo, como el sepulturero, que friamente matan a una criatura i la amortajan i la echan en la fosa.

Confieso que con harto disgusto me he decidido a hablar en mi novela de este personaje histórico el mas odioso de cuantos contienen las historias; pero es imposible tratar de Luisa Sigea sin que aparezca a su lado la funesta sombra que oscurece injustamente el clarísimo resplandor de su fama.

Los hombres que entienden el latin dicen que hai escrito en este difficilísimo idioma un libro infame que fué atribuido a Luisa Sigea, i mas tarde a su hermana Anjela; pero luego anaden que este libro habia sido escrito por un fraile Juan Meurcio, con el intento de desacreditar a las poetisas. Busqué entónces en los manuscritos antiguos noticias de este fraile i supe que habia vivido en Lisboa.

Registré los archivos portugueses, i hallé

(I) Obras de Camoens, elegía tercera.

por fin los documentos que necesitaba para arrojar a la execración de las escritoras el nombre de este impostor.

Mi alma, destemplada por la indignacion, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de principes, noble doncella, esposa respetada, i madre amorosa.

Ese abismo de perdicion que han abierto algunos hombres egoistas i perversos, para hundir las reputaciones de las damas que se adelantan a conquistar la gloria, es preciso cegarlos con la tierra de sus mismos cueros, i el de Juan Meurcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

CAPÍTULO X.

JUAN MEURCIO.

Al fin penetró Camoens en la estancia de la Sigea, que acababa de llegar, i que tremula con el rostro desecado, estaba leyendo un papel que misteriosamente le habia entregado una dama de la infancia.

Decia el papel:

«Ha sido condenado a la hoguera: ¡sálvalo en nombre de Dios!»

—Perdonad, dijo Camoens, advirtiéndole el jeto de enojo que hizo Luisa al verse interrumpida, es un atrevimiento seguirlos, pero ya os dije que necesitó desagraviaros.

—¡Ah! respondió Luisa con amargura; no os puedo culpar, porque tal vez disputándole su presa a la inquisición le habeis evitado mayor tormento al desgraciado... Al fin es preferible morir a hierro que morir a fuego...

—Lléveme Dios, señora, exclamó Camoens, si entiendo una palabra de lo que decís de presa, de desgraciado, de inquisición, de hierro i de fuego! ¿A quién maté yo que así os interesa? ¿no fué a un villano?

—Ah, no, no es un villano el noble Enriquez! ¿no un caballero de los buenos!

—¡Justo Dios! ¿Qué decís! ¿Era don Mariano Enriquez?

—¡Pluguiese al cielo que no lo fuera!

—Insensato de mí, qué he hecho! gritó Camoens dando vueltas por la sala,

—Una mala acion, Camoens; acuchillar a un joven cuya sola culpa fué asaltar la verja, como vos.

—Teneis razon, señora, descargad sobre

mi voluntad justo enojo; pero decid, ¿es vivo o muerto?

—Hoi podeis contarle entre los heridos, mañana entre los quemados.

—No os entiendo.

—La poca vida que vos le dejásteis pertenece ya a la inquisición.

—¿Pues qué delito ha cometido?

—Le acusan de haber adorado una estatua.

—¡Oh! exclamó vivamente Camoens; aquí veo la mano de Juan Meurcio: de ese perverso fraile que predicó el otro día sobre el pecado de mirar a las estatuas desnudas... ¡i creéis, señora, que sea imposible salvarle de las garras del tribunal?

—Hablad mas quedo

—No puede hacerse algo por ese infortunado joven?

—Lo meditaré.

—El infante cardinal me tiene en su gracia; iré a suplicarle.

—Antes quiero informarme bien de cuanto hai, i para esto aguardo a Juan Meurcio.

—Ya veo quemado a nuestro amigo.

—¿Por qué teneis tan mala idea del familiar?

—¿Por qué vos la teneis tan buena?

—Es amigo de mi padre.

—Está aquí vuestro Padre?

—Está en Torres-Novas, donde se ha hecho carmelita.

—Pues creedme, señora, no pidais ningun favor a Juan Meurcio.

—¿Qué mal puede haber en esto?

—Juan Meurcio os ha calumniado.

—Os engañan, Camoens. Juan Meurcio me ama como a una hermana; i aunque no me amase, él no sabe calumniar.

—Sois todavía mas poetisa que cortesana.

—Conservo la fé en mis amigos.

—Contadme ya entre los enemigos vuestros.

—¿Cómo?

—Yo no puedo ser vuestro amigo siéndolo Juan Meurcio.

—¿Qué mal os hizo? explicádmelo.

—La primera vez que estuve preso, me dejé olvidados mis manuscritos, i me los hurtó.

—Seria otro.

—Fué él... i ahora que me acuerdo, ¡voto al...!

prosiguió Camoens dándose una palmeta en la frente; por seguros dese tambien hoy mis papeles en el calabozo i ese gavilán estaba allí... vuelvo a buscarlos... adios, se-

ñora, volveré i salvaremos a nuestro amigo aunque sea entrando a cuchilladas con el tribunal.

—¡Silencio!...

—¡Adios, adios!

Partió Camoens como un rayo, i se dirigió otra vez a la cárcel; precisamente cuando sabia Juan Meurcio.

—Por vos he venido tan aprisa, dijo Camoens.

—Ya sé que me queréis mucho, replicó el familiar, enseñándole los dientes.

—Tanto os quiero, que si, como la otra vez no halló mis papeles en el calabozo, os he de romper esos dientes que estais siempre enseñando como los lobos.

—En verdad, contestó el fraile con severidad, que merecias bien el que no os entregase esos papeles. Tomad, anadió sacando un rollo de ellos; sois un loco que donde quiera dejais perdidos vuestros manuscritos, i luego os encolerizais con las buenas almas que los recojen. Yo no sé, Camoens, por qué estais prevenido contra mí.

—¿Por qué no me devolvisteis los otros manuscritos?

—Ya os lo dije: porque me los hurtaron de mi mesa el mismo día que los recoji.

—Eso es cierto... no me engañais?... Cuando un hombre con la buena fé de Camoens pregunta que si lo engañan, ya desde luego está engañado. Tienen los verdaderos poetas algo de infantil i de cándido, aun los mas amaestrados en los desenganos del mundo. Hai en torno de ellos una atmósfera donde se respira lo sublime i lo bello, i toda miasma corruptora se pierde allí entre los perfumes de la poesia.

—En medio de la pompa con que Ferrara acogía el poema del Tasso, los cortesanos se burlaban del autor porque a todos los creia sus amigos, i mas bien que los amores fueron las perdidias la causa de su locura. Las amargas quejas de Quevedo son hijas de las decepciones que por su credulidad habia sufrido i por lo que hace al principio de los poetas Lusitanos llevó su sencillez hasta el extremo de dar crédito a las palabras de Juan Meurcio.

—St, decia este, sois mui injusto conmigo, buen poeta; pero yo os querré siempre a pesar de vuestras injusticias.

—¿Por qué calumniasteis a la Sigea?

—Otro error. Jamas mi lengua se movió en agravio de su fama.

—¿Pues i lo que se cuenta?... —Rumores del vulgo.

Camoens miró todavía a Juan Meurcio con gran fijeza para ver si podia penetrar en el intimo de su pensamiento, i el fraile sostuvo su mirada con sereno i blando rostro.

Entonces Camoens le tendió la mano, i exclamó con brusca alegría:

—¡Vive Dios que me he equivocado, i que os he ofendido diciéndole a la Sigea que sois un perverso i enemigo suyo!... pero ¡ah! otra cosa: ¿no habeis tenido parte en la delacion de Enriquez?

—¿De Enriquez, de ese buen muchacho? ¿pues si le quiero tanto como a vos!

—Corriente, estoi satisfecho. Mi espada (anadió el poeta dándose un golpe en la cadera) es... no la traigo ahora, pero no importa, voi a recobrarla, está a vuestra disposicion para cualquier lance.

—Gracias, Camoens; a nadie aborrezco, i perdono a todos mis enemigos.

—Por si acaso; quedad con Dios.

—El os guie.

Tenia Juan Meurcio treinta años. Todo los pintores se han empenado en pintar a los diablos feos; pero el retratista de Juan Meurcio no hubiera podido menos de pintar un diablo bonito, si se hubiese decidido a hacer su retrato.

La tez de Juan Meurcio era blanca i trasparente, los ojos grandes, aunque un poco saltones; la boca pequena i en extremo graciosa presentaba continuamente dos hileras de huesos, blancos como los de un perro, aunque a Camoens le habian parecido de lobo.

En su rostro no se leia nada de lo que pasaba en su alma. Sereno, frio, inmutable como la superficie de una laguna helada, no daba mas senal de estar animado que por el movimiento de su boca cuando hablaba. Despues que guardaba silencio, volvia a parecer una cabeza de piedra con ojos de vidrio. Hasta en la blacura de su frente se advertia algo de cadavérico, i en lo azulado de sus sienes un no sé qué de infernal. No parecia una cabeza llena de sangre, sino de aire i de azufre. A pesar de ser, como dijimos, un rostro bonito, los niños huian de él.

Por su parte Juan Meurcio era insensible a los afectos, i solo habia tenido en su vida una pasion, que mas tarde se convirtió en odio. Esta fué por Luisa Sigea cuando vivia en Toledo, i a la cual pidió por esposa apenas cumplió las diez i seis años. Pero ya dijimos que

los niños huían de él, i Luisa era una niña. Sin aborrecerle, sentía un secreto disgusto con su presencia i se negó obstinadamente a satisfacer el deseo de su padre, que pretendía desposarla con Juan Meurcio. Ya había estado la Sigea en Lisboa, adonde fué colocada en palacio con su hermana Anjela, i manifestó la voluntad con que entraría de nuevo al servicio de la infanta; pero Diego Sigea, su padre, no accedió por entonces a ello para castigarla de su rebeldía.

Entres años que permaneció Juan Meurcio en Toledo, apuró todos los recursos de su carácter para lograr el amor de la poetisa; pero todo fué envano, i lleno de despecho exaltado por la bilis, ciego de soberbia, tomó el partido de hacerse fraile, i marchó a Lisboa.

Diez años pasaron hasta que Luisa Sigea volvió al servicio de la infanta, i que sucedieron las cosas que vamos narrando.

Si analizamos el sentimiento que impulsaba a Juan Meurcio a tomar por esposa a la Sigea, no descubriremos tal vez el del amor, sino el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de mujer que reconocía superior a la suya, i a la de muchos hombres estimados por poetas, i respetados por doctos.

Fuerza es confesarlo; la envidia es uno de los defectos que, entre otros muchos, han atribuido los hombres exclusivamente al bello sexo para aliviarlos de los que abruman su condición, pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambición i como el egoísmo. De la envidia procede esa guerra torcida que las medianías han hecho en todos tiempos a las escritoras, i de la envidia proviene esa resistencia tenaz a concederles la palma que su talento conquista. Ya lo hemos dicho, hai una secta de hombres implacables, que con su odio colectivo a todas las mujeres ilustres, antiguas i modernas, se han armado de la sátira, del desprecio i de la calumnia.

A esta secta pertenecía Juan Meurcio. Para que Juan Meurcio perdonase a Luisa Sigea la osadía de haber nacido con más talento que él, era preciso que le aceptase por dueño i mentor. El hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruido las flores de su poesía, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para hacerla tímida, humilde i medrosa, i garantizar su obediencia hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo diez i seis. En uno de aquellos mon-

truo que asistían a los autos de fe; que se recreaban con el espectáculo de las víctimas, i que después de todos se llamaban *cristianos*.

No había nacido el jeneroso corazón de Luisa Sigea para gozar con la barburie de semejantes fiestas, i una de las primeras obras que escribió, i que fué hurtada i reducida a cenizas por Juan Meurcio, la consagró su tierna autora *«al consuelo de los infelices que jimen en la inquisición»*.

Tales eran, pues, los antecedentes que habia en la amistad de Luisa Sigea i Juan Meurcio, i es en verdad incomprensible como la maestra de latín se hacia la ilusion de creer en el buen afecto que fingía profesarla el fraile, si no fuese que, de la misma manera que Luis de Camoens, le engañaba su buena fé, i candidez de poeta.

Pero volviendo a los hechos i dejando para otro rato las digresiones, así que el familiar se separó de Camoens tomó el camino de palacio i se dirigió al departamento de la infanta, murmurando entre dientes unas palabras latinas que acostumbraba él a decir siempre que iba a cometer alguna accion inicuá.

CAPITULO XI.

EL AZOR.

Tan pronto como Luis de Camoens pudo recohrar su espada, volvió a ver a Luisa Sigea.

—¿Ha venido Juan Meurcio? le preguntó.

—No, Camoens, i estoy en extremo inquieta.

—Sabad, señora; que tengo que rectificar lo que os dije estamano acerca de ese pobre fraile. Me ha dado los papeles que me dejé en el calabozo, me ha asegurado que los otros no me los devolví porque se los hurtaron, i, en fin, se ha sorprendido cuando le dije que os habia calumniado. En sus palabras, en su tono, en su espresion he conocido que está inocente, así como que no ha tenido parte en la delación de Enriquez. Le he tendido mi mano, i hemos quedado amigos.

—Me alegro mucho, Camoens.

—Pero lo que no entiendo es que nos pueda servir mucho para el asunto de nuestro hidalgo:

—Yo no quiero sino saber el estado que ocupa. Sé que ha sido condenado a la hoguera, pero ignoro cuando se ha de cumplir la sentencia.

—Pues de eso yo me informaré.

—¿I si dais que sospechar?...

—Tanto peor para los sospechadores, que tendrán que seguirme las huellas.

—Temo mucho, Camoens, que os armen una celada.

—No temais nada, señora.

—Si, como creo, se retardará la ejecucion hasta que el herido, se restablezca, puedo realizar el pensamiento que he conseguido para salvarle.

—Supongo que contareis conmigo.

—Vos partís a la India.

—No, señora, ya os he dicho que no parto.

—Mal dicho: debeis partir.

—¡Por Dios que teneis grande empeño en lanzarme en los brazos de Neptuno!

—El rei os ha concedido el perdon en la inteligencia de que marchareis al instante.

—Yo he salido de la prision sin condiciones, i antes que aceptar una volveré a entrar en ella.

—Mal correspondeis, Camoens, al desvelo de vuestra dama.

—Catalina no puede desear que parta.

—Catalina teme que os quedeis.

—Sea como quiera, señora, yo no parto hasta que salvemos a nuestro amigo.

—¡Ah!

—Esplicadme vuestros proyectos, i fiad a mi el cuidado de cumplirlos.

—Oid, Camoens... pero antes ved si nos escuchan, i cerrad bien esa puerta.

Levantóse Camoens haciendo como siempre resonar el pavimento con su firme planta, i abrió i cerró la puerta con tan recio empuje, que retumbaron las bóvedas. Hecho esto, ocupó un asiento cerca de la poetisa, i prestó atencion a sus palabras, que fueron las siguientes:

—La sola idea de salvar del fuego, adonde es condenado, a un reo de la inquisición, es de suyo tan atrevida, que se necesita, Camoens, el aliento de una mujer... que ama, para darle acojida en su mente. Cuál es el poder del irribunal, digalo Portugal, digalo España. Paulo III no ha sido poderoso a salvar a un italiano condenado por hereje en los dominios de España, i el inquisidor jeneral de estos reinos, el infante cardenal don Enrique ha presenciado el suplicio de uno de los amigos mas queridos de su corazón. (Quién osa acercarse a ese volcan que no caiga envuelto por su ardiente lava? Los reinos, espantados por el siniestro reflejo de sus llamas perpé-

tuas, están siempre aguardando la erupcion que ha de reducirlos a cenizas... los reyes temerosos sienten el calor del incendio que llega hasta sus coronas.

Pero hai un gigante entre estos reyes, a cuya frente no puede alcanzar chispa alguna que salga de la tierra, porque como el mismo Vulcano baja a la rejion del fuego i empena los rayos que vibra despues a los mortales...

—¿Carlos V.!

—Carlos V. si, él solo, él solo es mas poderoso que la inquisición. Si él quiere apagar una hoguera encendida para un auto de fe, no tiene sino derramar sobre ella el agua de su rejia copa. Si quiere salvar a un reo, sobra con que le tienda la punta de su manto imperial. Para que todos los frailes del mundo huyan despavoridos, basta un grito del emperador. Todas las coronas están bajo su corona, todos los cetros están bajo su cetro, todas las voluntades están bajo su voluntad.

Quince años hávi yo a Carlos V. en una de las torres del alcázar de Toledo. Su frente desnuda brillaba al sol como de plata. Tenia los brazos cruzados, i estaba inmóvil mirando al Tajo. Yo en una azotea inmediata, me entretenia en hacer ensayar el vuelo a un azor mui jóven que cojió mi padre en el nido, cuando de repente el pájaro remontó el vuelo, i en vez de volver a mis brazos, como acostumbraba, se perdió en los aires. Mis jemidos distrajerón al Emperador; yo lloraba, levantaba los brazos al cielo i llamaba al pájaro fugitivo. Poco tardé en verle que descendía, i ya me iba consolando, cuando advertí que tuerce su jiro i que vá a caer en el alcázar. En efecto, cayó en uno de sus patios, i yo, sin decir nada a mi madre, me dirigí al alcázar.

Los guardias no querian dejarme entrar; pero tanto insistí, que pude penetrar hasta el primer patio. Busqué al azor, i no le hallé. Entré en el segundo patio con menos dificultad, i tampoco estaba el azor. Entonces subí la gran escalera, donde me opusieron una resistencia débil, creyéndome, sin duda, hijo de algun servidor de palacio, i por último atravesé las galerías i me coloqué en el fondo de una sala cuadrada, cuyo pavimento era de mosaico. Allí estuve un gran espacio de tiempo, hasta que vi pasar una multitud de cortesanos que me miraban con estraneza i murmuraban entre sí. I los puales ¿o fueran colocados en dos hileras, iba a esconderme detrás de uno de ellos, pero un caballero me

cojió por el brazo, i me hizo salir hasta las galerías. Yo entonces rompí a llorar pidiendo mi azor que habia caído en el alcázar; pero mi atender a millanto me hicieron retroceder todo el camino adelantado, i al fin me vi fuera del alcázar i sin al azor.

—¿I os volvisteis a casa?

—Eso hubiera hecho otra criatura mas prudente i ménos obstinada que yo; pero en lugar de eso me senté en una de las gradas del alcázar, i a cada uno de los que salían le demandaba por el azor.

Una hora estuve molestando la atencion de los cortesanos, hasta que resonaron cajas i trompetas, la guardia se puso en movimiento salió el emperador. Yo le conocía de verle pasar por nuestra calle todos los dias, i lejos de imponerme temor su imponente majestad, le profesaba un carino instintivo. Así como le divisé, me puse delante i le pedi mi azor. Al principio no me comprendía; pero cuando repetí que quería mi azor que habia caído en el alcázar, me respondió:

—Si, si, ya he oido como gritabas desde tu azotea; pero no he visto al azor sino en los aires.

—Cayó en el patio del alcázar, repliqué.

—Pues si está en el alcázar, te lo devolveremos. ¿Cómo te llamas?

—Luisa Sigea.

—¿Has venido tú sola a buscar el azor?

—Yo sola.

—¿Me conoces?

—El César.

—¿Te lo han dicho ahora, o lo sabias antes?

—Lo sé desde que nací. He escrito ese nombre muchas veces?

—¿Tú!

—Yo!

—Pues por qué lo escribes?

—Porque escribo en latín la historia del César.

—¿Qué sabes latín!...

—Si.

—¿Que escribes mi historia!

—Si.

—¿Que maestros tienes?

—Mi padre.

—¡Bravo!... yo quiero leer esa historia. Supongo que hablarás bien de mi,

—Bien i mal.

—¡Como!

—Defiendo a los comuneros....

—¡Vive Dios!

—I culpó al César de los abusos de la inquisición.

—Criatura, cuántos años tienes?

—Diez.

—Tráeme esa historia mañana mismo.

—¿Me dejarán entrar?

—Diciendo tu nombre.

Así empujaron mis relaciones con el César:

Es inútil decirlos que recobré el azor, que presenté a Carlos V. su historia i que empecé a merecer su gracia. Dió a mi padre un empleo en el alcázar, i a mi hermana Anjela i a mí nos envió a Lisboa al servicio de la Infanta, donde estuvimos cinco años, hasta que una grave enfermedad de nuestro padre nos obligó a volver a Toledo. La memoria del César siempre fiel para recordar a aquellos a quienes dá palabra de proteger, no ha cesado de darme librerías nuestras de favor. A él he debido el ser admitida por segunda vez en esta corte, i de él espero la salvacion del desgraciado reo.

Tomó aliento Luisa Sigea para continuar, i Camoens, que no se habia atrevido a interrumpirla, se aprovechó de esta pausa para exclamar:

—¡Oh divina poetisa! ¡cómo desde la infancia se reveló en vos la grandeza de vuestro talento! ¡Cuanto hubiera dado por verlos frente a frente del César pidiéndole el azor i entablado con él la donosa plática que merecia pasar a la posteridad!...

—El César, prosiguió la Sigea sin darse por entendida de los elogios de Camoens, está en Africa, i ya le tengo escrito para que interponga su poder omnímodo con la corte portuguesa, reclamando a don Mariano Enriquez como vasallo suyo...

—De esa carta yo seré el portador.

—¿Vos ireis a Africa, Camoens?

—No hai guerra en Africa?

—Dragut aparece en la costa.

—Basta, suspendo mi viaje a la India i parto a Africa.

—¡Oh, Camoens, no es mui arriesgado acercarse ahora al estrecho.

—Por eso no me duele abandonar el proyecto de ir a la India. Hai me alistó de soldado en las tropas portuguesas que se embarcan para Cádiz. Si no me ahogo o me matan, antes de un mes estoy de vuelta.

—¡En mes!

—Es verdad; pueden haberlo quemado.

—¡Ah!